LIBRO dot. com

Relatos Crueles

La colección

La presente colección está compuesta por un conjunto de relatos breves que, por su temática, se podrían encuadrar dentro de un mismo apartado, la crueldad: más por el trasfondo de la historia que por las palabras reflejadas por el propio texto.
No he buscado, ni pretendido llegar a la violencia, al ensañamiento ni a la narración visceral. No obstante, cuando me ha parecido conveniente, le he añadido unas "gotitas de color" a la historia, es por ello que algunas lecturas pueden molestar la sensibilidad de los lectores, llegado a este caso, ruego sepan disculparme, al fin y al cabo, son relatos fruto de mi imaginación y, es así, como los he recreado en mi mente.
Por supuesto, estas breves narraciones no ofrecen ninguna enseñanza o pensamiento profundo. Por otro lado, una segunda lectura de alguna de ellas puede poner en relieve pequeños matices enriquecedores de la historia que fueron pasados por alto la primera vez, permitiendo saborear mejor el relato.
En cualquier caso, no pretenden ir más allá del simple hecho de entretener y compartir un rato ameno con los lectores. Confío en que, al menos, os llegue a gustar alguno de ellos.

Breve sipnosis de los relatos

Mi profesor	: *Conclusiones de una autopsia. (*)*
Un hombre vestido sobriamente	: *Un encuentro accidental*.
El apretón de manos	: *La guerra y las secuelas en la población civil.*
Dos caras	: *Deberes para los estudiantes de la Facultad.*
Ahora, me toca a mí	: *Torpe jugador de rol*.
Revelaciones de un asesino	: *Reflexiones de un asesino en serie.*
Pasión en la campiña	: *Pasional arrebato de amor*.
Los mejores pescadores	: *Un secreto para la pesca del atún.*
La opción más cobarde	: *El miedo a despertar*.
Una sonrisa encantadora	: *Nacimiento de amistad eterna*.

(*) Relato Premiado en el Certamen Literario Domingo García – Nitecuento 2002

Narraciones del autor

Hora de dormir	- *Intriga*
El don	- *Misterio*
Kuemetek	- *Aventuras*
Duendes	- *Psicológica*
Viaje a Ronda	- *Engaño*
Recuerdos difusos	- *Policial*
Asunto cerrado	- *Intriga*
El manuscrito ocre	- *Misterio*
Lientera de Relatos	- *Relatos cortos*
Relatos Crueles	- *Relatos breves*
Relatos Crueles (II)	- *Relatos cortos*

© Rafael López Rivera
Verano 2002
rlr.rlr@terra.es

www.librodot.com

Mi profesor

Relato Premiado en el Certamen Literario Domingo García – Nitecuento 2002

Instituto Anatómico Forense, domingo por la mañana.
Un hombre mayor y un muchacho saludan con cotidiana familiaridad al vigilante de guardia en el edificio.
Ambos caminan por los pasillos en completo silencio; sus pasos retumban con eco al golpear el inmaculado y pulcro suelo de mármol blanco. Se dirigen hacia la "nevera" para retirar un cuerpo y llevar a cabo su examen en la sala de autopsias.
El quirófano espacioso y frío contribuye a resaltar, más si cabe, la soledad y el aislamiento del lugar. Con esfuerzo y mediante la colaboración de ambos, extraen el cadáver del nicho metálico y lo colocan sobre la mesa de autopsias.
Debajo de los orificios de la nariz se aplican un poco de bálsamo oloroso de eucalipto y, a continuación, el muchacho se coloca unos guantes quirúrgicos de látex. El hombre mayor destapa el cuerpo dejándolo a plena vista; toma de una mesa la tablilla del historial correspondiente al número reflejado en la etiqueta atada en el pulgar del pie derecho del cadáver, 271828; seguidamente, comienza a leerla en voz alta:

-…"Sujeto de raza blanca, caucasiano, cincuenta años de edad, 80 kilos de peso y una altura de 1,75 metros. Encontrado cadáver el sábado, día 25 de Agosto a las 12:45. El cuerpo fue hallado sin síntomas externos de violencia o lucha. Según indicios extraídos del examen practicado, no medió más de una hora entre el fallecimiento y el descubrimiento del mismo.
Del examen "in situ" de la escena del suceso, se desprende que la muerte fue ocasionada por asfixia a causa del propio ahorcamiento, llevado éste a cabo por medio de una soga con nudo corredizo lateral respecto al eje frontal del cuerpo. El cadáver fue hallado en completa suspensión."…

-Bueno, hijo, hasta aquí es todo lo que tenemos. Éstas son las fotos tomadas en el lugar del hallazgo antes de descolgar a la víctima y también están los resultados preliminares del examen practicado por el médico forense de guardia. A partir de este punto, el asunto está en tus manos. Me gustaría que hicieses un examen y que me dieses a conocer tus conclusiones sobre la causa que produjo el fallecimiento de la víctima.

-Parece que todo es normal –comentó el muchacho observando el cuerpo de cabeza a los pies-. Aparentemente se trata de un pobre desgraciado que ha puesto fin a sus míseros días, colocándose una soga en el pescuezo.

-Creo que te precipitas un poco, apenas si lo has visto. Pienso que es demasiado pronto para sacar conclusiones –dijo el padre con el aplomo del que conoce la profesión.

-Yo no he dicho que ése sea mi dictamen final, sólo comento lo que es evidente. En ningún momento he afirmado que fuese lo acontecido, pero…, mejor vamos paso a paso.
El muchacho se agachó para acercarse a examinar el cuello de la víctima e identificar los signos locales producidos por efecto del ahorcamiento y la suspensión del cuerpo.

-Alrededor del cuello, en la zona en la que ha estado presionando la soga, la piel se presenta con un aspecto apergaminado, en la capa subepidérmica no se aprecian anormalidades. La masa muscular del cuello no muestra lesiones.

El muchacho un poco extrañado por lo observado añade un breve comentario con tono burlón:

-Bueno, bueno…, éste es un dato muy interesante. Este cadáver ya comienza a contarnos su historia. ¡A ver con qué más es capaz de sorprenderme!

El hombre mayor observaba con interés y orgullo a su hijo; mientras, éste volvía de nuevo a examinar el cuerpo con una actitud escrutadora, intentando no pasar por alto ni el más nimio detalle.

-¿Estás seguro de lo que dices? –preguntó el padre en un esfuerzo por crear una sombra de duda en el muchacho.

-Sí, sí. Si se examina cuidadosamente la zona de la soga, es evidente. El aspecto apergaminado de la piel lo produce la fuerte presión de la cuerda que tiene que aguantar el peso del cuerpo suspendido, pero esto sólo nos dice que la víctima falleció con la cuerda presionando. Cabe la posibilidad que el cuerpo fuese colgado siendo ya cadáver, pero justo al poco tiempo de fallecer, ello también habría generado las marcas. No obstante, como consecuencia de haber tenido que aguantar el peso y los movimientos espásmicos durante las convulsiones propias de la muerte por ahorcamiento, se debían haber producido lesiones en el músculo esternocleidomastoideo y daños en la zona vascular con desgarros internos en las arterias carótidas. De igual forma, deberían haber aparecido pequeñas petequías y sufusiones hemorrágicas. Si ninguno de estos indicios está presente, tal y como ocurre en este caso, indica claramente que el individuo fue colgado en un momento cercano a la muerte, minutos antes o después, no importa, pero no fue el propio ahorcamiento la causa del fallecimiento.

-Pues…, entonces…, ¿qué fue lo que le pasó? –preguntó el hombre animando a su hijo a continuar.

-Si mi teoría es cierta y, por lo que he observado, así lo creo, el individuo murió por otra causa, pero…, ¿cuál?…

-¿Y qué me dices de los signos externos? Había emisión de líquido prostático y mordedura de la lengua, claros signos de muerte por ahorcamiento acompañada de convulsiones.

-Sí…, eso que cuentas es correcto, pero existen otros agentes que pueden producir muertes violentas con convulsiones, así pues, estas evidencias no son determinantes ni únicas de los casos de defunción por ahorcamiento.

-Ponme un ejemplo de algún otro caso de muerte que presente estas mismas señas.

-Déjame pensar…, por ejemplo…, los cianuros…, sí…, puede que fuese algún compuesto cianúrico. Justificaría la muerte por paro cardiorespiratorio brusco; además, debido a que suelen transcurrir un par de minutos desde la pérdida de conocimiento, tras el envenenamiento, hasta el fallecimiento definitivo del individuo, en ese intervalo, daría tiempo para colgarlo. En cualquier caso, el individuo no pudo llegar por sí sólo hasta la soga, eso da pie a pensar que participó alguien más, lo que abre las puertas a la especulación y, ésta, nos lleva hasta la posibilidad de un asesinato.

-¡Puede que sea eso! Comprueba si estás en lo cierto.

El muchacho tomó parte de las vísceras extraídas que se mantenían guardadas y clasificadas en frascos herméticos. Se limpió el gel oloroso, exhaló todo el aire de sus pulmones y se acercó las muestras a la nariz inhalando profundamente.

-¿Qué raro?…, los intestinos no desprenden el olor característico a almendras amargas, ni se aprecia irritación ni lesiones cáusticas en el esófago o el estómago, aquí parece que no existe rastros de entrada de cianuros.

-¿Estás seguro? ¿No hay otras vías? –comentó el padre intentando darle una pequeña pista.

-No sé…, quizás…, por los pulmones, pero…, eso…, no lo puedo saber sin los resultados de la analítica del Laboratorio.

-Prueba a oler un trozo de masa pulmonar, tal vez, su concentración sea suficiente para evidenciar la presencia del veneno –sugirió el hombre.

El muchacho así lo hizo…

-¡Efectivamente! ¡Aquí están las almendras! Ya está claro, el cianuro entró por vía respiratoria. Por fin hemos llegado al “meollo”. Puedo afirmar con relativa seguridad que el individuo murió por envenenamiento de cianuro por vía nasal e inmediatamente fue colgado en un astuto intento de aparentar suicidio y ocultar el homicidio.

-¡Buena conclusión!, ha sido una magnífica demostración de cómo se debe llevar una autopsia de forma ordenada hasta llegar al dictamen correcto.

-Pero…, papá…, supongo que me dirás como se introdujo el cianuro por la nariz.

-Fue muy sencillo, el polvo de cianuro llegó mezclado con cocaína, todo bien juntito en una atractiva y blanca raya. Cuando el desgraciado la “esnifó”, se condenó irreversiblemente; entonces era tarde para que reaccionase, de inmediato, le sobrevino la pérdida de conocimiento a causa del efecto provocado por el cianuro. El resto más o menos aconteció tal y como tú lo has razonado. En realidad, no te has desviado mucho. ¡Has hecho un buen trabajo! Bastante mejor que el forense de turno. Yo tenía la certeza que el inútil que iba a hacer la autopsia, no sería capaz de ir más allá de lo evidente.

-Te lo dije papá, este tío me tenía manía, desde que empecé el curso iba a por mí y no ha parado hasta el final. Hacía tiempo que yo sabía que en los exámenes finales me iba a fastidiar, era algo muy predecible.

-En cierto modo…, te entiendo. En nuestros años mozos, cuando nos conocimos, ya era un imbécil integral y se volvió mucho más altivo cuando se convirtió en profesor de la Facultad, pero…, no nos preocupemos ahora de eso, carece de importancia. Ya recibió su merecido castigo y yo, habiéndome demostrado lo que sabes, se me queda la conciencia tranquila. Además, por lo menos, tendrás la seguridad que no volverá a suspenderte sin motivo alguno o por el simple hecho de ser mi hijo. Es lo que siempre te digo: “Cuando uno presta el interés necesario en resolver los problemas siempre encuentra una solución satisfactoria para todos los implicados”. Éste es un claro ejemplo de ello, pero sobre todo, quiero que en la vida seas persistente, date cuenta que tu padre no ha desistido de dar vueltas al asunto hasta encontrar la mejor solución al problema.

Un hombre vestido sobriamente

Un hombre pasea impacientemente frente a la puerta principal de un céntrico edificio de oficinas. Fachada y construcción moderna, pero demasiado descuidada y sucia como para dar imagen de solvencia y de prosperidad de sus inquilinos.
El individuo va vestido de gris oscuro, ofreciendo una imagen sobria y sin elegancia, haciendo juego con el edificio que ejerce de telón de fondo a sus espaldas. Su traje es de corte estándar y homogéneo, seguramente, adquirido en unos grandes almacenes. La tela enfunda ajustadamente su musculoso cuerpo en una triste demostración de poca distinción, tampoco la necesita, su porte es vulgar y quiere que así sea.
Gira la cabeza hacia la puerta; hace rato que espera y desespera por la tardanza. Continua paseando de un lado a otro como tigre enjaulado en época de celo. Da la impresión de ser alguien que se equivocó de lugar u hora o, tal vez, nadie es el causante del desencuentro, simplemente, la cosa se demora demasiado. Sin haber hablado con él, nunca se sabrá que está ocurriendo y, es dudoso que contribuyese a conceder dicha licencia.
El individuo mira de nuevo el reloj con gesto de ansiedad. La una y media pasadas; hace rato que un sol implacable le hace sentirse acalorado e incómodo.
¡Hum! El plantón se hace evidente. Finalmente, decide abortar la prolongada espera. Antes de marchar, vuelve la mirada hacia la puerta en un último intento por evitar cancelar el encuentro. ¡Nada!, ni siquiera esto es suficiente para conseguir su objetivo.
Algo decepcionado, el individuo se aleja con paso desgarbado. En su burdo caminar, se detiene para anudar el cordón de un zapato, parecía que hoy nada le iba a salir bien. En ese instante, un hombre sale del edificio. Sin prisas, se dirige al aparcamiento subterráneo situado a unos cincuenta metros de allí. En su avance pasa al lado del primer individuo. Éste acaba de erguirse y, por unos breves segundos, lo contempla de perfil, observando como su figura se aleja lentamente. Traje caro, hecho a medida, telas finas, caminar distinguido. ¡Es posible que fuese la persona que estuvo esperando! Sólo necesita ver su rostro de frente para asegurarse de ello.
Sin dar tiempo a que la duda apareciese, comienza a seguirlo. Rápidamente le da alcance colocándose detrás de él, a menos de medio metro. Ambos quedan situados en el cruce a la altura de la entrada del aparcamiento, ubicada ésta justo en el lado opuesto de la calle.
Un paso precipitado hacia delante, un movimiento imprudente y sin mirar, le hace reaccionar en un acto reflejo. Rápido y veloz como una hoja de segar, lo toma por los hombros y, de un fuerte tirón, lo derriba hacia atrás al mismo tiempo que un vehículo pasa a gran velocidad acariciando el tacón de uno de los zapatos; el claxon del coche grita con ensordecedor estrépito en un ruidoso reproche en señal de advertencia al despistado peatón.
Sin estar seguro de qué fue lo que había ocurrido, el hombre se incorpora esbozando una circunstancial sonrisa en señal de agradecimiento; algo en su interior le dice que le han regalado el resto de su existencia. Musita gracias a Dios por permitir la presencia y

la actuación de aquel oportuno individuo situado a su espalda, su rápida reacción ha sido determinante para evitar la tragedia. ¡Qué cercano pasó el desastre!
Unas iniciales palabras de cortesía dan pie a una animada conversación que se prolonga en la terraza de un bar cercano. ¡Una cerveza fría y una buena charla hacen olvidar el mal momento vivido!
Discurre entre ambos una conversación intranscendente y desenfadada. En cierto modo es una excusa para pasar un rato ameno; a uno, le ayuda a desvanecer el malhumor ocasionado por la larga espera bajo el molesto sol; al otro, le llena un hueco sin ocupar en su apretada agenda.
Apuradas las cervezas, se dirigen juntos hacia su destino común, el aparcamiento. Cruzan la calle, ahora sí, mirando a ambos sentidos evitando dar una nueva oportunidad a la fatalidad.
Entre complacientes sonrisas, descienden la rampa y penetran en el subterráneo. Tras abonar el alquiler de las plazas de estacionamiento en una máquina recaudadora, continúan avanzando y, cuando llegan a uno de los vehículos, se despiden como buenos amigos deseándose mutuamente un buen transcurrir del día. Seguidamente, se dan la espalda para emprender caminos divergentes.
De repente, uno de ellos se mueve rápidamente ejecutando un preciso paso de lucha, descargando al final del giro, una fuerte patada. El otro individuo recibe el golpe por detrás, a la altura de la articulación de la pierna, obligándole a flexionarla, cayendo de rodillas.
En medio del aturdimiento generado por la sorpresa, el agredido sólo llega a percibir que el atacante le tira férreamente del pelo hacia atrás, haciendo que su cabeza ceda mostrando el rostro hacia el techo y dejando al descubierto la parte frontal del cuello y la nuez. Tras esto, una certera cuchillada le penetra por el lado izquierdo a la altura de la tráquea, sintiendo como el filo, en su rápido avance, recorre su cuello de extremo a extremo, seccionando los conductos sanguíneos, los músculos y los tendones. A partir de este momento, la víctima sólo podía articular toscos y desesperados sonidos guturales incomprensibles.
Perplejo ante el repentino ataque, intenta desesperadamente con sus manos tapar semejante brecha, pero no lo consigue del todo. La vista se le nubla, a la vez que siente como sus pulmones se encharcan con su propia sangre.
Cae hacia un lado, acertando a ver el rostro de su agresor. ¡No era posible! ¿Qué oculto motivo poseía aquel hombre para haber actuado de aquella forma? Hacía tan solo un momento que estuvieron juntos tomando una cerveza y charlando animadamente. ¿Por qué aquello? ¿Por qué le salvó la vida para robársela después en tan ruin maniobra?
El pánico paraliza sus piernas, es incapaz de incorporarse e intentar la fuga. No puede moverse, al más mínimo esfuerzo, la vida se le escaparía de entre sus dedos. Imposibilitado para gritar e implorar auxilio o clemencia, mira con espanto y estupor a su agresor; mientras, las imágenes de este mundo se desvanecen, poco a poco, de sus pupilas.
El asesino permanece imperturbable ante la dramática escena protagonizada por su víctima, simplemente aguarda a que el mortal torrente de sangre que se fuga, sin cesar, hiciese su trabajo. Conoce a la perfección el alcance de la profunda y mortal herida, su víctima agonizante no tardaría mucho en perder el conocimiento; entonces, remataría su faena.

Él es un experto combatiente, curtido y formado en las unidades especiales del Ejército y, últimamente, dedicado a explotar sus habilidades en actividades más lucrativas y menos peligrosas.
El tiempo transcurre lentamente y, en unos segundos, se produce el desenlace final. Los principales conductos sanguíneos del cuello habían sido seccionados. La sangre, en un principio retenida con gran esfuerzo de presión con las palmas de las manos, fluye hacia el interior del cuerpo, discurriendo hasta los pulmones, encharcándolos y provocando un agónico ataque de tos que, junto con el ahogo, inevitablemente hace sucumbir a la víctima en su pérdida del fluido vital. Las fuerzas le abandonan quedando tendido en el suelo, donde se termina formando un charco de sangre espesa y roja que empapa y tiñe el caro traje confeccionado a medida. La lucha del herido por mantenerse aferrado a la vida, finalmente, concluye y su cadáver yace ahora inmóvil.
El asesino se agacha apoyando una rodilla en el suelo lejos de la sangre. Sujeta la cabeza de la víctima y le practica un corte transversal bajo la mandíbula. Le abre la boca e introduce los dedos, empujando la lengua teñida de rojo hacia abajo, haciéndola asomar grotescamente por la brecha practicada, quedando suspendida por encima de la nuez a modo de colgajo.
El individuo se incorpora, saca un pañuelo de papel y limpia detenidamente sus dedos. Le repugna mancharse, es la parte que menos le gusta de este trabajo.
Sin inmutarse, acomoda el cuerpo dejándolo sentado en el suelo con la espalda apoyada en la carrocería del vehículo. Le coloca bien el traje y da los últimos toques de compostura. Satisfecho ante la visión de tan macabra obra de arte, continúa tranquilamente avanzando hacia su vehículo, como si nada hubiese ocurrido; mientras, recapacita sobre lo acontecido:

-Bueno*, la corbata* está exhibida para todos aquellos que quieran ver y entender, aunque a mí, personalmente, siempre me ha gustado más la fórmula de los testículos en la boca, la primera impresión es más impactante, pero…, qué le voy a hacer, esto va a gustos según las preferencias del cliente. El tipo era simpático y estoy seguro que en el fondo no era un mal tío, pero él se lo había buscado, lo tenía que haber pensado antes de aceptar ser un confidente. Además, el muy imbécil, estuvo a punto de estropearme el trabajo permitiendo que lo atropellase un coche.
El sicario sacude ligeramente la cabeza en un movimiento de desaprobación hacia la conducta imprudente de su víctima. A continuación, monta en su vehículo y, con total normalidad, abandona el aparcamiento en dirección a su próximo encargo.

El apretón de manos

- ¿Cómo las sientes?
- Bien…, pero no están muy bien terminados estos cacharros. Es como tener unas tenazas toscas y grandes.
- Bueno, eso te parece ahora porque todavía tienes que practicar y hacerlas sentir tuyas, pero ya sabes que no nos queda tiempo.
- Abrir y cerrar las manos no es difícil, lo que realmente me cuesta es regular la presión al cerrar.
- Por esta sesión ya está bien, ven que te las quito, les haré unos ajustes para que cierren con más suavidad y sólo presionen si encuentran resistencia. Pero… ¿Estás seguro que las manejas bien? ¡No quiero sorpresas de última hora!
- Sí, creo que sí.
- Lo próximo que haremos será manipular huevos, vasos de vidrio y algunos objetos más pesados, a ser posible, con diferentes texturas superficiales, a ver qué tal te las apañas.
- Al menos, me pondréis una bata, no quiero terminar salpicado por un huevo reventado.
- No te preocupes, todo irá perfecto. ¡Ya verás! Y si al final sale bien, te daré la mano para celebrarlo.
- He de reconocer que eres un hombre valiente.
- No lo creas, es que tengo más confianza en ti y en estos aparatos de lo que tú te piensas.
- Bueno, bueno…, advertido estás, luego no me hagas a mí responsable de lo que pueda pasar. Si te apretujo la mano y te hago daño, recuerda que eres tú el que voluntariamente se está ofreciendo.
- Vale, vale, estoy de acuerdo, dejémonos ahora de tonterías que tenemos mucho trabajo que hacer todavía.

Semana tras semana, visitaba el Centro de Estudios Biotecnológicos. Éste había sido concebido para diseñar prótesis funcionales de alta tecnología, en un intento por paliar las secuelas y las minusvalías en personas mutiladas por minas personales colocadas durante la guerra.
El Centro fue una “delicadeza” de los vencedores, quizás, les remordiera la conciencia por haber diseminado, cerca de las poblaciones, minas camufladas a modo de trampas mortales aparentando ser simples e inocentes juguetes para niños. El único fin de aquella sucia artimaña era el de causar estragos en la moral de la población y, ocasionar los mayores costes al enemigo a base de bajas y asistencias sanitarias.
¡Un país de mutilados, no es un país a temer!
Esta política de agresión dirigida hacia la población civil fue recriminada por toda la comunidad internacional. Siempre se ha tenido presente que la guerra es la guerra,

pero hay quien aboga por el juego limpio, sacando a la luz y denunciando las bajezas humanas.
Una vez finalizada la contienda bélica, lo que idearon de cara a la platea para cubrir la vergüenza, fue la subvención y formación de equipos dedicados a la localización y desactivación de las minas personales diseminadas a lo largo y ancho del país. Además, como ayuda a los afectados por estos dispositivos carniceros, se crearon unas fábricas de prótesis ortopédicas que las producen y las comercializan a costes asequibles, más bien, se podría decir que son precios simbólicos. A esto, hay que añadir el Centro de Biotecnología que, realmente, sí es un instituto puntero de alta tecnología.
En mi caso, éste era el único lugar en el que me podían proporcionar la esperanza de llevar, no una vida normal, porque nunca volvería a poderse calificar así, pero al menos, podría tener la oportunidad de ser autosuficiente y no depender de nadie para comer, ni para arreglarme, ni para hacer mis necesidades. Mi situación es muy dura de llevar y sólo la sabe valorar aquel que la ha padecido.
Nunca quise aceptar mi destino como inválido. Siempre he deseado romper con el modo de vida impuesto por mi minusvalía y acabar con el triste calvario que me acompaña inseparablemente, como una sombra, desde aquel fatídico día en el cual, se me ocurrió recoger un muñeco que encontré en la calle. Al verlo, me pareció una buena idea llevármelo a casa, ya que, aparentemente, se veía nuevo y abandonado; estaba seguro que mi hermana pequeña iba a disfrutar con el inesperado regalo.
Finalmente, el juguete resultó ser una trampa disimulada y, nada más mover el muñeco, estalló destrozándome las dos manos, hiriéndome el rostro y haciéndome perder un ojo. Un triste ejemplo más de la injusticia de la guerra que no distingue entre civiles y combatientes, adultos o niños. Simplemente, se podía clasificar como un desafortunado accidente que terminaba irreversiblemente en tragedia.
Este incidente no habría trascendido a no ser por la presencia de unos periodistas que, en aquel momento, estaban filmando imágenes de la ciudad en ruinas, dándose la casualidad que, en ese preciso instante, me encontraba dentro del cuadro de enfoque de la cámara que estaba emitiendo para una cadena televisiva internacional. Sin pretenderlo, en el mismo plano grabaron la explosión, mis gritos, mi dolor y mi desesperación, todo en vivo y en directo, con mucha sangre y produciendo un gran impacto emocional en la audiencia por lo real de la secuencia, como si de un “reality show” se tratase.
Las sangrientas imágenes fueron utilizadas como estandarte para una campaña internacional de denuncia, poniendo en tela de juicio las tácticas destructivas utilizadas contra la población. Como resultado de la presión ejercida por la opinión pública, los medios en general mostraron su repulsa a estos artefactos, realizándose multitud de concentraciones y manifestaciones.
En el fondo, creo que todo el montaje contribuyó a la anticipación y la finalización del conflicto bélico. Hoy en día, la violencia está tan arraigada en nuestra sociedad y, es algo tan cotidiano que, la única forma de conmover y concienciar a la ciudadanía es mostrando los estragos causados a la inocente población civil que se ve envuelta en la contienda.
Todo el revuelo armado sirvió para que la imagen de mi rostro, hecho trizas, envuelto en sangre, dolor y desesperación, diera la vuelta al mundo haciéndome famoso a causa de la tragedia; gané un poco de dinero con unas entrevistas y con un libro que alguien escribió sobre mí.

Hoy, soy el protagonista de un proyecto experimental para poner a prueba un prototipo de mano ortopédica que, por medio de unos implantes electrónicos en el muñón, es capaz de interpretar órdenes procedentes de los nervios, convirtiéndolas en giros y movimientos prensiles de una mano totalmente mecánica y articulada.
¿Por qué me eligieron a mí? Por la fama que yo tenía y por la publicidad que el asunto les daría a ellos dando la imagen de ser un pueblo comprensivo que realiza esfuerzos por erradicar el odio y el rencor ayudando al rival vencido.
Supongo que de esta forma pretendían resarcirse de su deuda moral para conmigo y mostrar a todo el mundo que no son unos monstruos. En síntesis, es una forma política y, bastante impersonal, de decir públicamente a las víctimas: “Lo siento”.
Cuando me propusieron la idea del proyecto no pensé que fueran a valer de mucho estos cacharros y, tan sólo, me dejé operar para introducir los injertos metálicos por intentar obtener alguna esperanza de futuro, pero sin estar muy convencido del resultado final. Aunque, bien pensado, tampoco tenía nada que perder y, en cualquier caso, saliese bien o mal, podría ganar dinero con nuevas entrevistas.
En un inicio, me desilusioné bastante porque parecía ir muy lento y no compensaba el padecimiento sufrido en las diversas operaciones. Las prácticas con estos aparatos no me animaron mucho más. En parte, su eficacia estaba condicionada por mi propia torpeza y la de los técnicos que no acababan de calibrar correctamente los sensores.
Finalmente, una vez se consigue un buen manejo y se domina las diferentes formas básicas de dar las órdenes, el conjunto de acciones simples que son capaces de ejecutar estas manos postizas te permiten realizar la mayoría de las toscas operaciones cotidianas. No obstante, todavía la Biónica está en una fase demasiado incipiente como para conseguir un prodigio de ortopedia; sin embargo, el haber llegado hasta aquí, denota el gran esfuerzo y el empeño que están poniendo los científicos del Centro.
Esta tarde haré las pruebas finales con objetos delicados. Dentro de unos días, viajaré con los doctores para presentarlas en el país patrocinador del proyecto.
La exhibición de mis nuevas manos, no deja de ser un acto humillante, ya que, por culpa de sus malditas minas, perdí las mías. Si esos artefactos explosivos no hubiesen existido, tampoco hubiera hecho falta fabricarme una prótesis, pero por otro lado pienso que, también gracias a su patrocinio y financiación, ahora puedo hacer cosas que, dentro de la desgracia sufrida, serían imposibles de hacer. En lo más profundo de mi corazón no dejan de coexistir ambos sentimientos contrapuestos. En cierto modo, me puedo sentir un ser privilegiado, no todo el mundo vuelve a tener la esperanza de realizar una vida casi normal.

El día de la presentación
En el aeropuerto, justo antes de mi partida, he tenido que dar una rueda de prensa. Nunca hubiese sospechado que el acontecimiento levantaría tanta expectación y, por lo que me han explicado las personas que me acompañaban, posiblemente, en el aeropuerto de llegada la congregación de periodistas y fotógrafos sería superior a ésta. De nuevo, volvía a ser noticia. ¡Es una promoción estupenda para un futuro libro!
A la hora de hacer el embarque en el avión, se produjo una situación un poco tensa, al pasar por el arco de seguridad, sonaron las alarmas. En cuanto les descubrí que mis manos eran metálicas y estaban cubiertas con una capa de caucho imitación a piel humana, los policías enseguida se hicieron cargo de la situación. Alguno de ellos hasta me reconoció porque acababa de verme en la rueda de prensa que había sido emitida en directo por la televisión. Bueno…, había un policía algo más escrupuloso con las normas que los demás. El muy imbécil, por llamarlo de una forma educada, pretendía

que me las quitase para pasarlas por el detector de rayos X. Por suerte, sus compañeros fueron más consecuentes y respetuosos conmigo, permitiéndome pasar sin que nada de aquello fue necesario. ¡Menudo cretino! Ése merecía que alguien le diese unas clases de civismo y trato humano.

El avión ha despegado y está en pleno vuelo. Ha sido emocionante sentir como se me encogía el estómago durante el ascenso del aparato, sobre todo, porque era la primera vez que volaba en avión.
Estoy cansado de todo el trajín que llevo hoy, he de descansar mentalizándome para lo que me espera a la llegada.
Confío en manejar satisfactoriamente las manos y, no pasarme apretando cuando las junte con las otras de carne y hueso en un cordial y amistoso gesto. Ando tan nervioso que hasta tengo la sensación que pesan ligeramente más de lo habitual. Me pondré a dormir a ver si descanso lo suficiente, de este modo se hará el viaje más corto y menos agobiante el trayecto.

Noticia de última hora

- Un avión Boeing 747 se ha estrellado en pleno Caribe, se desconoce hasta estos momentos el origen y destino del aparato, se cree que se trata de un aparato de las Aerolíneas ÑKB. La compañía aérea no ha emitido ningún comunicado oficial ni hace declaraciones, por el momento. Según muestran estas imágenes tomadas por un turista desde un crucero de recreo que, casualmente, ha sido testigo de la caída del aparato, el avión con un gran boquete en su fuselaje, se ha quebrado en varios trozos tras chocar contra la superficie del mar, hundiéndose en cuestión de segundos. Tal y como ustedes pueden apreciar en estas dramáticas escenas, los tripulantes del barco no tuvieron tiempo material para reaccionar y acudir al salvamento. La magnitud y la violencia del choque, hacen desaparecer cualquier posibilidad y esperanza de hallar sobrevivientes…

- Disculpen ustedes, acaba de llegar un teletipo de última hora a nuestra redacción, nos indican que lo ocurrido con el Boeing, no se trata de un accidente, si no que es un acto terrorista reivindicado por la organización HOH. Esta organización es el ala más extrema del Grupo Rebelde para la Liberación. El mensaje recibido en la redacción dice textualmente: …"Ningún hijo de nuestro orgulloso pueblo se humillará y se rebajará a dar la mano al enemigo, porque las suyas, fueron lloradas con lágrimas y no pueden ser devueltas ni reemplazarlas ni con oro, ni con falsa compasión. Firmado: HOH * El representante del pueblo verdadero"... …"Un equipo de expertos analizará los restos del fuselaje para tratar de determinar dónde fueron colocados los explosivos y cómo fueron burladas las medidas de seguridad del aeropuerto "…

Dos caras

-Bienvenidos a todos. En la clase de hoy quiero ilustrarles con un caso que, cuando menos, les va a dar que pensar o eso es lo que espero conseguir en esta sesión. Dentro de poco, todos ustedes estarán en la calle con su titulito en el bolsillo y, teóricamente, estarán capacitados para analizar y diagnosticar los problemas mentales de sus pacientes cosa de la que, permítanme ustedes el comentario sarcástico, no tienen ni pajolera idea de lo que se pueden encontrar ahí afuera. Para reforzar mi afirmación y demostrarles que hablo con conocimiento de causa, les presento a continuación un caso real que, en el futuro, podrían encontrarse en cualquiera de sus consultas.

En la sala se hizo el silencio, los alumnos quedaron expectantes y pendientes de lo que el profesor les iba a mostrar. ¡Aquello prometía!

-No quiero que ustedes tomen notas, simplemente, observen, escuchen y analicen. Déjense llevar por sus instintos, métanse en el problema y sientan, vayan más allá de las palabras. Presten atención y escuchen, al igual que harían si estuviesen sentados frente al paciente. Por favor, guarden silencio, reserven sus comentarios para ustedes mismos y, sepan que, aunque pregunten, no voy a proporcionarles ninguna información adicional.

A continuación, el profesor puso en marcha el reproductor de vídeo y su voz, como comentarista de fondo, comenzó a sonar procedente del aparato introduciendo a los estudiantes en el contenido de la cinta.

-La presente grabación es un trabajo montado en base a las imágenes obtenidas en la entrevista filmada el 31 de Mayo del 2000 a las 19:00 horas en la consulta del doctor Velázquez. Se han realizado cambios y omitido parte de su contenido, siendo su difusión, exclusivamente, de carácter pedagógico y reservado. No está permitida su copia o reproducción sin autorización expresa.

En la pantalla del televisor surgió el rostro de una mujer. Rondaba los cuarenta. Tez amarillenta, de apariencia frágil y enfermiza. Llevaba el pelo corto y algo descuidado. Permanecía recostada en el sofá y hablaba mirando hacia su lado izquierdo.

Se trataba de Martina, Tina para los amigos. Esta paciente, parecía tener una personalidad dura, era arrogante, descarada, irritable y no tenía reparo en decir siempre lo que pensaba. Acto seguido dio comienzo la conversación:

-Hola Tina. ¿Qué tal estás hoy?

-Pues…, ya ve usted doctor, aquí de nuevo. Y usted, ¿cómo lo lleva? Supongo que esta entrevista no será debida al placer que siente de ver nuestra cara bonita, porque... ¡Su Dios podía haberse estado quieto el día que nos concibió!

-Tina no hables así de Dios. No blasfemes, sabes que no me gusta nada cuando te pones en ese plan y al doctor tampoco le gusta, ¿verdad, doctor? –dijo Sabina buscando la aprobación del doctor.

Cada vez que intervenía alguien en el diálogo, se producía un corte en la cinta y aparecía en primer plano a la persona que hablaba en ese momento.

Sabina, hablaba mirando hacia el lado contrario que Martina. Sus rostros, peinados y vestimentas eran idénticas, imposible de distinguir la una de la otra, al igual que dos gotas de agua. Si no fuese por el diferente timbre de voz, se podría afirmar que se trataba de la misma persona.

-Buenas tardes Bina. Por supuesto, no me gusta que alguien en una conversación utilice esos términos, ya que no son agradables escucharlos, pero ella está en su pleno derecho de decir lo que piensa, para eso estoy aquí, para escuchar y ayudar –explicó el doctor tratando de quitar hierro al comentario.

-¡No blasfemes, no blasfemes! ¡Nos va a castigar Dios! –dijo Tina burlándose de la preocupación de Bina- Huuuy… ¡Qué miedo! ¡Qué más castigo quieres que me caiga! ¿No es suficiente con tener que aguantarte a ti? ¿Crees que hay algo peor que escuchar tus lamentaciones y tus disculpas? Espera, espera…, se me ocurre, sí…, hay una cosa pero… ¡Imagínatelo! Me podía quedar preñada y criar un engendro a imagen y semejanza tuya. ¡Ése sí que sería un buen castigo!

-Se da cuenta doctor con lo que tengo que convivir –se lamentaba Bina llena de tristeza-. ¿Cree que para mí es agradable tener que aguantar su mal humor, día tras día, hora tras hora? Luego, se queja alegando ser ella la víctima. ¿Quién es la verdadera víctima de las dos? ¡Yo! y ¡sólo yo!

-Un poco de calma, por favor –intervino el doctor intentando introducir paz.

-Sí, doctor, sí, consuele a la pobrecita Bina, a esta mosquita muerta. La muy modosita únicamente tiene palabras para quejarse de mí, pero luego, a la hora de la verdad, cuando vamos por la calle y alguien la mira escandalizado por lo fea y engendro que es, no es capaz de decirles nada. Se queda callada la muy boba.

-Yo no soy boba –protestó Bina-, es que prefiero no decir nada y olvidarme de ellos, pensar que no están allí. Es mejor ignorarlos, no voy a insultarlos ni a decirles las cosas tan horribles que tú les dices.

-¡Maldita ignorante! ¡Compadécete de ti misma y no de ellos! ¡No les debes nada! Sólo te han ofrecido menosprecio y rechazo –protestó Tina.

-¿Cómo quieres que lo haga? ¿Bebiendo más de un cuarto de litro de vodka de una tacada sin respirar como tú haces? ¿Así quieres que ahogue mis temores y resentimientos?

-Niña tonta, el vodka es la bebida de la gente “chic”, no deja rastro en el aliento, lo puedes mezclar con cualquier cosa y, beber un poquito antes de la siesta, ayuda a conciliar el sueño porque es un buen digestivo.

-Doctor no haga caso de lo que le diga, ella no bebe un poquito, no. Ella bebe el vodka “a pelo”, un vaso entero en un par de tragos, ni siquiera el agua se bebe tan deprisa, claro que le ayuda a dormir, ¡cómo no!, acaba completamente borracha.

-Sí, sí, bebo deprisa para olvidarme rápidamente de ti y de tu agobiante e inseparable presencia. Estoy harta de ver tu maldita cara cada vez que me contemplo al espejo.

-Yo no quiero que ella beba, dice cosas muy feas que yo no siento ni comparto. A mí no me gusta emborracharme, se pierde el control y la noción de la realidad, pero ella insiste e insiste en seguir bebiendo. Creo que Tina es alcohólica, aunque ella no quiere reconocerlo.

-Bina…Bina, siempre la pobrecita Bina. ¡Qué asco tener que aguantar a alguien así! –se quejaba Tina.

-Parece que ahora os lleváis muy mal, ¿siempre ha sido de esta forma? –preguntó el doctor tratando de hacer su evaluación.

-Sí, al menos, desde que tenemos conciencia de que somos “algo diferentes” a los demás –contestó Bina abiertamente.

-Os quejáis mutuamente, pero lleváis toda la vida juntas, no lo entiendo, ¿por qué de repente no podéis soportaros? –el doctor intentaba sonsacarlas para llegar a la raíz del problema.

-El mundo es así. Las personas se toleran hasta que se llega a un punto sin retorno, a partir del cual no es posible volver atrás, creo que nosotras hemos llegado a ese límite. No son necesarias más explicaciones.

-Sí, por una vez le doy la razón, estoy harta de aguantarla –agregó gratuitamente Tina–. Después de tantos años, me he ganado a pulso la posibilidad de librarme de ella.

-Como podéis imaginar, mi misión es la de evaluar si es conveniente o no dar ese paso. Sólo hay una dirección posible. Una vez hecho, no existe marcha atrás –aclaró el doctor.

-Bueno, y…, en su experta opinión…, ¿qué posibilidades tendríamos de salir adelante?, pero…, por favor, no se ande con rodeos, sea sincero –continuó preguntando Bina–. Espero que sea capaz de hacerlo honestamente, es decir, no nos mienta o nos responda con otra pregunta o con un rodeo.

-No Bina, ¡mal, mal, mal! El doctor nunca va a responder a eso debido a que él sabe que, sin mí, tu vida será insoportable, nadie te conoce mejor que yo ni sería capaz de aguantar todo lo que te aguanto. Dirás lo que quieras, pero nadie te quiere tanto ni te va defender como yo lo hago, sino fuera por mí, tú siempre permitirías que la gente te tratase de cualquier manera. Además…, ahora no vamos a hacer caso a lo que digan unos medicuchos. Ellos no viven con nosotras, no saben lo que es nuestra convivencia diaria. Sólo nos quieren para estudiarnos; somos sus bichos raros. Nadie tiene derecho a decidir lo que es mejor para nosotras.

Aquella actitud evidenciaba, claramente, la postura de Tina que no cesaba en su empeño de acometer contra cualquiera que no fuesen ellas mismas.

-Pero…, yo ya he vivido todo eso que estás diciendo y sé con certeza que la convivencia es insoportable, necesito estar sin ti, vivir mi vida. Estoy cansada de sacrificarme, de hacer lo que tú quieres, de que siempre sea así –Bina se lamentaba con tristeza y resentimiento. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

El profesor interrumpió por un momento la cinta para matizar el papel del doctor en la entrevista:

-Apreciad que ante esta confusa lucha de sentimientos enfrentados y viendo con qué facilidad durante la conversación se pasaba de un extremo al otro, de la depresión a la euforia, del odio al amor y viceversa, el doctor en su posición neutral trata de hacer reflexionar sobre la decisión que se iba a tomar, pero continúa manteniéndose al margen sin decantarse por ninguna de las dos opciones y sin influir con sus observaciones.

Tras el comentario a los alumnos, puso de nuevo la cinta en marcha.

-Lo que parece ser una realidad –continuó el doctor- es que vuestra convivencia en común, después de tantos años, se está convirtiendo en un tema “difícil” por llamarlo de forma elegante, pero sabéis a ciencia cierta que una es el complemento de la otra. Sin embargo, si tiramos hacia delante, sólo una de vosotras lo superará.

-Doctor, nosotras estamos convencidas de nuestra decisión, pero…, a veces, entra la duda y nos gustaría tener un poco más de tiempo para valorar las consecuencias. Nosotras nos queremos y siempre hemos sabido superar los escollos juntas, ahora no debería ser diferente –justificaba Bina su postura.

-¡Ves!, le estás dando la razón a Tina en su opinión de no continuar con el proceso. Si no lo tenéis claro del todo, es mejor que dejéis madurar el tema. No hay prisa, lo importante es que vosotras estéis completamente convencidas. ¡Las dos!

El profesor paró en ese momento el reproductor y se dirigió al grupo de alumnos que habían estado visualizando la entrevista.

-Bueno, esto es todo, no hay más información ni detalles; entonces…, ustedes me dirán qué es lo que está pasando. Espero el próximo lunes sus trabajos, incluyendo el resumen del caso, su diagnóstico y el veredicto final. Este ejercicio podrá valer hasta tres puntos del examen de este semestre. ¡No me defrauden! Pongan en marcha su imaginación. Les veo el próximo día.

Los alumnos se levantaron de las sillas, armando un poco de ruido al arrastrarlas. Inmediatamente comenzaron a hacer un corrillo comentando y evaluando entre ellos las distintas posibilidades.

Mientras tanto, el doctor recogía sus apuntes y los guardaba junto con la cinta del vídeo en su cartera. Cuando estaba a punto de abandonar la clase, sonó la voz de una alumna a sus espaldas.

-¡Profesor!

-¿Síiiii?

El profesor se giró observando por un instante a la chica.

-Aquí hay trampa, ¿verdad? Seguro que hay algo raro. No sólo son hermanas gemelas que viven en común como nos quiere hacer creer. Yo creo que son siamesas. ¿Verdad que estoy en lo cierto?

El profesor esbozó una sonrisa cómplice.

-Quizás comparten órganos vitales y no se pueden separar sin que muera una de ellas o algo así –prosiguió la alumna en su planteamiento-. ¡A que sí! Es eso…, ¿verdad? -preguntaba la muchacha con la alegría que proporciona creerse la descubridora de la respuesta al enigma.

El resto de los alumnos miraban fijamente al doctor, examinando su rostro y su expresión, intentando escrutar cualquier gesto que les pudiese proporcionar algún indicio de si iba bien encaminada su compañera de clase.

A continuación, el profesor sonrió y prosiguió su camino sin decir palabra, haciendo caso omiso a la pregunta de la alumna, quedando la cuestión suspendida en el aire, al igual que un enigmático acertijo de complicada resolución.

Mientras se dirigía a la salida, el profesor se regocijaba interiormente pensando:

-“Pobres ingenuos, ni se lo imaginan. Habrá que ver la cara que ponen cuando lleguen a saber que Martina y Sabina son la misma persona.

El esfuerzo por anular una de las dos personalidades fue titánico. Sin embargo, Sabina que era la personalidad originaria de la paciente, no pudo vivir sin Martina, su lado más agrio. Fue como si le hubiesen amputado una parte de su cuerpo sin llegar nunca a aceptar tal pérdida. Mentalmente eran dos caras de una misma personalidad. Bina acabó totalmente enajenada a causa de la tristeza y la añoranza. ¡Je, je! No se lo he puesto fácil a los muchachos”.

Ahora, me toca a mí

Viernes por la tarde a la salida de las clases de un instituto de Formación Secundaria.
Tres jóvenes hablan formando un pequeño círculo.

-Ahora que Luis no va a estar, necesitamos a alguien para continuar con la partida -comentó uno de los muchachos con preocupación.

-Pues…, no sé a quien vamos a tomar como jugador.

-Necesitamos a alguien que sea como Luis, que no se entere mucho de qué va el juego. ¡Le podemos hacer "la pirula" cada vez que queramos! Así nos divertiremos más que, últimamente, el tema estaba muy aburrido, ya no "colaba" nada con Luis.

-¡Oye! ¡Se me ocurre uno! …Qué…

Una feliz idea le estaba asaltando en esos momentos a uno de los integrantes del grupito.

-¿Quién? ¿Quién? –preguntó otro de ellos con ansiedad mal disimulada.

-¡Ostras tío! ¡Qué flash! –añadió el muchacho llevándose las manos a la cabeza en un gesto teatral continuando sin decir en quién estaba pensando.

-¡Venga tío! ¡Suéltalo ya! –le insistió uno de sus colegas.

-Se me ocurre que podríamos invitar "al Pelotillas".

-¡Al pelotillas! ¡Tú estás loco! ¡Qué asco! Pero…, ese tío parece un orangután.

-Sí, ése mismo.

-Pero…, ¡huele mal! No se lava.

-No importa, así mejor, le podríamos dar el rol de un troll, "le pega que ni pintado", así le será más fácil integrarse en el papel de su personaje en el juego. ¡Je, je!

-Venga, venga, tú estás mal de la cabeza. Si traéis a ese tío…, en mi casa no jugamos. Hablo en serio, huele mal y no quiero que me atufe con su asqueroso hedor mi habitación. Si viene mi madre nos hecha al sótano.

-¡Qué buena idea! Podemos jugar allí abajo, así tenemos un ambiente más lúgubre para que el pelotillas se encuentre como en su casa.

-No te pases, no es para tanto. Además, el chaval tiene sus cosas buenas; por ejemplo: es "tonto del culo", ¡je, je! Le podemos "tomar el pelo" como queramos en el juego. Yo pienso que nos lo podemos pasar muy bien con ese bobo.

-Yo ya he dicho lo que pienso. Estoy en contra de ese tío, no quiero que pise mi casa el guarro ése.

-Tú siempre te estás quejando, si no va a entrar en tu casa, lo vamos a meter directo al sótano.

-Aún y así, no me termina de hacer gracia.

-Y tú…, ¿qué opinas, sí o no?

-Bueno..., a mí..., me da igual, pero necesitamos a alguien para mañana por la tarde, sino será muy aburrido jugar sólo los tres.

-¡De acuerdo! Ya está decidido; dos votos a favor y uno en contra. No os preocupéis, yo me encargo de hablar con él y de convencerle para que venga a jugar.

Sábado por la tarde.
Allí se encontraba el Pelotillas con sus nuevos “muy buenos amigos” listo para comenzar a jugar una partida. No tenía muy claras las reglas aunque se las habían explicado previamente, pero él sabía que no tardaría mucho en aprenderlas. Se sentía raro y todavía algo sorprendido por el repentino interés que habían mostrado por su persona.
Nunca fue muy amigo de juntarse con la gente, sobre todo porque se empeñaban en llamarle “El Pelotillas”. Éste fue un desafortunado mote que le atribuyeron un día, hace mucho tiempo, cuando al hurgarse la nariz y limpiarse con la manga, una bolilla de moco se le quedó enganchada en la cara durante horas, sin que nadie se molestase en avisárselo luciéndolo en público allá donde fue. Evidentemente, aquel hecho le marcó para siempre entre sus compañeros con la crueldad que los jóvenes saben imprimir a las cosas de la vida.
Había más gente que tampoco le aceptaban; le solían decir que era un guarro y él no comprendía muy bien el motivo aunque, recapacitando un poco, llegó a la conclusión que, tal vez, fuese debido a que a él no le agradaba eso de las colonias y el arreglarse todos los días como si siempre fuese un domingo. En este sentido, le gustaba ser más natural, lavarse cuando fuese necesario e ir arreglado a su manera. ¿Qué tenía aquello de malo?

Este grupito le había invitado a formar parte de su clan de juego; disputan partidas de rol épico con personajes fantásticos: brujos, guerreros, duendes, elfos, trolls, etc.
El juego no es complicado, quizás al principio, es difícil recordar la multitud de conjuros, brebajes y cosas raras. El desarrollo de la partida consiste en pasar pruebas y, según se diese el caso, cazar o matar a los contrincantes para conseguir ser el primero en cumplir el objetivo designado. Con independencia de lo anterior, el juego está lleno de reglas complicadas y de nombres imposibles de recordar.
Como él es nuevo y no posee experiencia en este tipo de juegos, le han asignado un personaje fácil de manejar y con poca complicación técnica; mientras, debía aprender, a base de partidas, la dinámica y llegar a familiarizarse con la complejidad de las reglas.
En su estreno en el juego, él es Socram “El carroñero”, un despiadado y sanguinario troll cuyo único objetivo es sembrar el terror persiguiendo y hostigando al resto de los contrincantes hasta darles caza; sus armas: la resistencia física, la fuerza y la crueldad, el terror es su feudo de poder. El troll en sí mismo no es un personaje muy espectacular, pero su tozudez y todos los puntos de fuerza que podía llegar a acumular como bestia, le proporcionan una jugabilidad muy buena, sin grandes complicaciones de manejo o decisiones que tomar, sólo mover, atacar, capturar y matar.

Durante el desarrollo del juego y debida a su inexperiencia, muchas veces cae en las trampas y emboscadas, se le hace muy difícil superar las pruebas del camino. Torpe el personaje, torpe el jugador y demasiado hábiles sus contrincantes, que en más de una ocasión, no dudan en hacerle alguna que otra fullería y terminan mofándose de su mala fortuna, pero ahora…, ahora se encuentran agotados tras pelear con un ejército de diablos alados. Acorralados y con las fuerzas muy mermadas, son presas fáciles en un combate, cara a cara, con el troll; por otro lado, están atrapados a las faldas de las montañas de Alkahadir; lugar escarpado, inhóspito y de difícil acceso.
En aquel enclave no existe ninguna vía de escapatoria. Frente a ellos, el lago de Nessir, imposible de cruzar porque Tuelock, el leproso barquero vikingo, se encuentra en la orilla opuesta y no le daría tiempo a volver y recogerlos.

Sólo existen dos caminos para llegar hasta allí: cruzar la llanura de los gusanos, cosa que llevaría al troll, irreversiblemente, hasta una muerte segura dado que los gusanos del desierto pedregoso son más lentos que el troll pero son muchísimos y, en un combate, el troll sucumbiría ya que acabaría perdiendo todos sus puntos de fuerza luchando contra tantos rivales a la vez y, el otro camino… En el otro camino la cosa se complica menos, debería de enfrentarse a Morlum, guardián de la cueva y, una vez en el interior de la misma, le espera lo más difícil, escapar de Uzuyna la sirena de los placeres que, con su magia, encanta a los viajeros y custodia la otra salida de la gruta. Ninguno de los dos son rivales potenciales frente a la fuerza y la brutalidad de un troll, pero al tener que combatir contra ellos desperdiciaría dos turnos; un tiempo precioso y suficiente como para permitir al barquero regresar y sacar a los tres contrincantes del atolladero. Terminando de realizar estas conjeturas y antes de tirar los dados en su turno, llega la madre del muchacho anfitrión y aborta la partida con la excusa de la cena obligándolos a recoger porque es demasiado tarde.
Esta interrupción ha sido providencial y muy oportuna para él porque necesita tiempo para pensar y encontrar una solución. ¿Cómo se las apañaría para cazarlos? Se le habían escapado un par de veces. Siempre tenían la respuesta apropiada para zafarse de sus garras y eludir el combate; que si un hechizo de invisibilidad, que si un elixir de invulnerabilidad, que si una burbuja de cristal irrompible. En estos momentos, se encuentran en una situación muy desfavorable, no disponen de recursos, ni energía, ni magia, ni fuerza, lo gastaron todo en el combate que acaban de realizar contra las bestias aladas.
Envuelto en estos pensamientos regresa meditabundo a su casa. Absorto, analiza todas las posibilidades, no quiere que se le escapase ninguno de sus enemigos, había llegado el momento de la venganza, él conseguiría ser el triunfador, llegar el primero ante el Consejo de los Kaelin y ser nombrado caballero.
Preocupado y sin desvestirse, se tumba en la cama. Se siente exhausto, cansado de pensar y de dar tantas vueltas al asunto. Sólo vislumbra una posible vía para ganar, aunque no le termina de agradar, pero no quiere quedar como un perdedor delante de sus nuevos amigos, es necesario demostrar que él también está a la altura y que puede llegar a ser listo y astuto siendo capaz hasta de derrotarlos a los tres. De mala gana, se incorpora y se dirige a la calle, en mitad de la noche, en busca de la solución a su quebradero de cabeza.

Domingo por la tarde
De vuelta al sótano de juegos reanudan la partida, los personajes se sitúan sobre el tablero y el Maestro de Ceremonias, a modo de recordatorio, relata lo acontecido en la aventura hasta el momento en el que se interrumpió. Es el turno del troll. El Pelotillas juega con los dados haciéndolos bailar en su mano, sonando choque con choque, roce con roce, dispuestos a ser lanzados y acabar de una vez con sus rivales, pero antes de tirarlos, toma el muñeco que representa al troll y lo desplaza desde la entrada de la cueva a la salida en el otro extremo, retirando al mismo tiempo del tablero las figuras de Morlum y Uzuyna como si se tratase de contrincantes derrotados.
La protesta de sus rivales no se hace de esperar:
-¡Eh! No puedes hacer eso. Primero debes luchar contra ellos y vencerles.
-No se vale, no posees la pócima del teletransporte. Tienes que volver donde estabas.
-Lucha contra Morlum y después, nos toca tirar a nosotros antes que puedas luchar contra Uzuyna.

El muchacho sin decir palabra ante las quejas de sus adversarios y, haciendo caso omiso a las mismas, saca del bolsillo unas fotografías que habían sido tomadas la noche anterior con una cámara instantánea y, con ademanes de menosprecio, las lanza a un lado del tablero para ponerlas al alcance de sus rivales.
Sorprendidos por la actitud del Pelotillas, sus colegas toman las fotos y comienzan a contemplarlas sin alcanzar a apreciar claramente lo que las imágenes querían representar, al mismo tiempo, los dados son lanzados al aire volando, girando dibujando cabriolas en un complot con el azar para decidir la suerte y el destino de los personajes involucrados en el juego.

Lunes por la mañana.
El Pelotillas toma el autobús para ir al colegio. Va contento por haber ganado la partida y haber tenido la oportunidad de ser capaz de sorprender a sus colegas, demostrándoles que él es listo también y que sabe ser ingenioso para resolver situaciones complicadas; además, después de esto, nunca más se reirían de su torpeza. Una amplia sonrisa adorna su rostro cuando toma asiento al lado de un señor mayor que, muy serio e indignado, lee escandalizado un artículo en el periódico titulado "Fin de semana sangriento", dando pie a un texto de corte dramático y alarmista:
…"A los brutales crímenes de la prostituta y del portero de la sala de fiesta 'La Mina' ocurridos en la madrugada del sábado pasado, para completar la macabra contabilidad del fin de semana, hay que sumarles los asesinatos llevados a cabo el domingo.
La atrocidad y el salvajismo reflejado en las imágenes del triple asesinato de unos adolescentes ocurrido en éste último suceso, tiene como protagonistas a un perturbado mental y a los juegos de roll.
Los crímenes fueron cometidos al amparo del aislamiento que proporcionaba el sótano en el que se encontraban "roleando". La madre de uno de los muchachos, al descubrir los cuerpos mutilados, sufrió una crisis nerviosa y tuvo que ser ingresada en el hospital donde todavía permanece bajo vigilancia médica. Se cree que el culpable fue un amigo de las víctimas el cual, todavía no ha podido ser identificado y, consecuentemente, detenido. La violencia observada este fin de semana y la poca capacidad de respuesta de los agentes, pone en tela de juicio la eficacia de "…

Revelaciones de un asesino

Centro Psiquiátrico Penitenciario Nuestra Señora de la Trinidad.
Tres expertos conforman el Consejo de Evaluación Psiquiátrica-Forense. Están allí para escuchar la narración del recluso que comparece, impasible, sentado frente a ellos. De hecho, no importa lo que éste diga, simplemente quieren que hable, que se relaje y que cuente lo que quiera, más tarde, ellos como entendidos en la materia, pondrían orden en todo lo expuesto y sacarían conclusiones refrendadas por sus concienzudos y meticulosos análisis. Aquellos hombres permanecerán atentos para evitar pasar algún detalle por alto, expectantes a lo que relate el preso y la forma de explicarlo, los adornos y detalles que introduce, el énfasis, los gestos faciales y corporales, sus movimientos y reacciones. La interpretación del lenguaje corporal es muy importante aunque hay que considerar la limitación de movimientos producida por unas cadenas, evidentemente, por motivos de seguridad.
Ávidos de conocimiento confían que, tras las declaraciones del asesino, puedan sacar algo en claro, respuestas concisas a una multitud de preguntas que bullen en sus cabezas y, que nadie se atreverá a formular directamente al reo para no romper el posible clima distendido de la declaración y, como consecuencia de ello, influir en el contexto.
En las mentes de los miembros del Tribunal se generan preguntas inquietantes, simples y racionales como: cuáles fueron las razones y los móviles que le llevaron a cometer los salvajes crímenes que se le imputan, cuáles fueron los criterios de selección de las víctimas, qué circunstancias son capaces de desencadenar una de sus crisis homicidas, el por qué de todo aquello.
Para ellos es muy importante conocer el patrón de comportamiento del individuo, llegar a comprender, sin lagunas, el complejo funcionamiento del mecanismo oculto que podía provocar que una persona en apariencia normal y corriente, socialmente vulgar, un ciudadano más, se encierre en su mundo particular, con sus miedos y obsesiones y, un día cualquiera, entre por la puerta de su casa convertido en un asesino.
Ésta es una oportunidad única para conocer como funciona el complejo laberinto de una mente de este tipo, su lógica, su razonamiento; todo un reto intentar predecir en el futuro su comportamiento y el de otros sujetos que sufran patologías y desequilibrios afines. Evidentemente, no siempre el destino ofrece la ocasión de hablar con alguien al cual se le atribuyesen tantas muertes y, a la vez, posea episodios mentales lo suficientemente lúcidos y prolongados como para conversar, sin que divague perdiéndose en el laberinto de sus paranoias y fantasías, de ahí, el especial interés de la reunión.

Uno de los expertos rompe el silencio sepulcral que preside la sala dirigiendo la palabra al preso:

-Este Consejo se ha constituido para escucharle, para saber más sobre usted y poder evaluar su equilibrio mental, haciendo llegar nuestro dictamen pericial al Tribunal

que lo juzgará con posterioridad. Espero que comprenda la importancia de esta charla y las consecuencias que se puedan derivar hacia usted y su futuro. Así pues, habiéndose cumplido el requisito obligado del preámbulo de la presentación, cuando usted desee, puede comenzar a hablarnos de sí mismo; empiece por donde quiera y extiéndase en detalles en lo que usted crea necesario, nosotros disponemos de todo el tiempo del mundo.
Con estas palabras uno de los doctores da pie al asesino para que iniciase su narración. Aparentemente, el psicópata había estado mentalmente ausente, como si no estuviese escuchando lo que le dijeron, pero nada más lejos de la realidad, no perdió detalle. Lo que ocurría era que le importaba muy poco todo aquel montaje alrededor de su persona, tal y como dejaría patente nada más iniciar su exposición.

-Muchas gracias señores por su tiempo y la especial atención que me dedican, pero permítanme que me muestre escéptico y receloso acerca de la efectividad de este acto cuando, a mi entender, todo está predecidido por ustedes. Es por ello que me tomo la licencia de reírme de esta bufonada. La puesta en escena me parece un tanto mediocre por no decir patética, así como su forma de intentar intimidarme sentados ahí, delante de mí, todos tan serios y solemnes, como si estuviesen presidiendo el examen de una oposición –bromea el asesino con evidente sarcasmo mofándose de los expertos.

-Me proporcionan la libertad de comenzar por donde quiera…, la verdad es que no sé por dónde hacerlo…, tal vez, quieran ustedes una explicación sobre mis crímenes, de los once, aunque la Policía sólo ha conseguido encontrar hasta este momento ocho cuerpos, pero…, no, no, mejor no toco este tema, no voy a proporcionar más pistas sobre los otros tres. Si los detectives son inteligentes encontrarán los cadáveres, disponen de toda la información necesaria y, a mi entender, más que suficiente. Si no fuesen tan vanidosos y egocéntricos, yo mismo me prestaría a ayudarles, pero con mi reserva queda claro que si estoy aquí es porque yo quise facilitarles las cosas no porque ellos fuesen capaces de atraparme; aunque sintiéndolo mucho por ustedes, desde hace días estoy hastiado de tanta soledad y aislamiento en este lugar. ¡Me produce melancolía! ¡Cualquier día de estos me fugo!

Uno de los expertos garabatea sobre sus papeles unos rápidos apuntes: …“Pretencioso, complejo de inferioridad, afán de protagonismo. ¡Posible farol con el número de asesinatos! Patente necesidad de alimentar continuamente su ego y su autoestima.”…

-¡Nunca pensé que llegaría a echarlo de menos! –añade el psicópata como coletilla a su parrafada callándose a continuación.
-¿Qué hecha de menos? ¿La libertad, el control o el asesinato? –pregunta con ansiedad uno de los doctores bajo la mirada acusadora y de desaprobación del resto de sus colegas puesto que, habían acordado no interrumpir al asesino durante su exposición.
El preso se percató del instante de crispación que surgió entre los miembros del Tribunal y aprovecho esta circunstancia para seguir ridiculizando la situación:
-Por si ustedes no se han dado cuenta, les evidencio que estoy encadenado y, por ende, no puedo causarles daño alguno; relájense o dentro de un rato les estará doliendo la espalda o, lo que es peor, el esfínter anal. Las revistas de Medicina informan

que la tensión acumulada es muy mala compañera y el estrés, a la larga, causa serios problemas a la salud. ¡Háganles caso y relájense!

-Volviendo de nuevo a sus preguntas…, yo creo que es una mezcla de todo a partes iguales entre el raciocinio y los instintos primarios. Es una sensación que albergo en mi interior y que, de vez en cuando, necesita ser exteriorizada para sentirme bien conmigo mismo. Creo que mi gran error fue infravalorarla o, quizás…, me sobrevaloré creyendo que podría dominarla; hoy ya está aceptada, no importa haber fracasado, es bueno aprender de los errores cometidos.

-¡Saben!… -añade en tono más alto para llamar la atención de los doctores-, cada día se aprenden cosas nuevas e interesantes aunque no siempre prácticas; ustedes aprenderán hoy conmigo, aunque no sé si sus mentes estarán lo suficientemente abiertas para beneficiarse de ello o, puede que, para desgracia suya, sean demasiado obtusas, aferrándose a sus viejas convicciones puritanas desaprovechando esta ocasión que les brindo en bandeja. No es muy probable que se les presente otra oportunidad como ésta. Por supuesto, pueden tomar todas las notas que deseen, pero hay cosas que no sirven de nada escribirlas porque el papel no puede retener ni reproducir las sensaciones. Imaginen por un instante que les relato el episodio de la tortura y muerte de una de mis víctimas, con todo el lujo de detalles que ustedes deseen. Les cuento cómo llegamos a confraternizar, cómo sufrió, les explico cómo luchó hasta que las fuerzas le abandonaron para siempre, les digo cuántas veces gritó desesperadamente emitiendo un sonido agudo y estridente como el de un cerdo cuando se le apuñala durante la matanza. Después de ello…, ¿qué tienen? ¡Píenselo!… ¡Nada!… No tienen nada, sólo palabras –el asesino calla creando un silencio tenso y prolongado.

-¡Ahhh! –un tremendo grito dado por el recluso retumbó con fuerza en la sala sobresaltando a los doctores que quedaron pálidos y patidifusos por el tremendo susto que les acababan de propinar.

–Ahora…, ahora señores tienen una sensación, una simple vibración en el aire provocada por el sonido ha hecho retumbar sus tímpanos, consiguiendo poner en extrema alertar a su sistema de autodefensa; una inyección directa de adrenalina se ha vaciado en sus torrentes sanguíneos y ha acelerado sus corazones haciéndoles saltar en sus pechos y entrecortándoles la respiración. Una experiencia corporal que, como tal, queda registrada en sus cerebros y podrán recordar en cualquier instante del resto de su insípida vida. Por contra, este mismo grito explicado con palabras, pierde toda su entidad, efectividad y realidad. Las palabras languidecen y mueren en el negro pozo del olvido; sin embargo, las sensaciones impactantes perduran para siempre.

Los expertos continúan mirándose entre ellos todavía algo descompuestos por la impresión que les había causado el grito y sorprendidos por el rumbo que toma la charla del psicópata.

-Al igual ocurre con ese gran menospreciado y tristemente arrinconado sentido, el olfato. ¿Han olido alguna vez sus papeles? ¿Qué les dice el olor de sus textos? ¿Qué sensaciones les evoca? Otra vez… ¡Nada! El olor de las palabras no produce absolutamente nada. Muchas veces relacionamos los olores con hechos concretos de nuestras vidas y quedan grabados en lo más profundo de nuestro subconsciente; después, basta unas pocas moléculas flotando en el aire, ínfimas partículas, para volver a evocar el olor completo y, con él, un torrente de recuerdos asociados al mismo. De la misma forma que cuando se hace el amor, la habitación queda por unos minutos

impregnada de un olor característico, lo mismo ocurre con cosas tan triviales y cotidianas como el miedo. ¿Han olido alguna vez el miedo? El miedo de cada persona desprende un olor característico y claramente perceptible.
Todos los miedos se pueden agrupar en el mismo tono de fragancias que presentan una paleta de matices ligeramente diferenciados, pero en síntesis, todos huelen a miedo. Normalmente son efluvios dulces, aterciopelados que se dispersan grata y densamente en el aire. ¡Ni qué decir de la sangre! ¡Humm! ¡Qué les podría contar de ella! Exquisiteces reservadas para quienes sabemos apreciarlas, al igual que el vino de reserva, deleites sólo al alcance de unos pocos elegidos –el asesino acompañaba estas últimas palabras con un movimiento de mano imitando la expresión de un gran cocinero simulando alcanzar el clímax de una exquisita degustación culinaria, al mismo tiempo, suena el leve tintineo de las cadenas que limitaban los movimientos del asesino-. Algún día deberían abandonar, por unas horas, sus aburridos escritorios de trabajo y experimentar. La experimentación es la base del conocimiento.

Los doctores toman notas esporádicamente, poco a poco, se dibuja el perfil típico y característico del asesino en serie. Uno de ellos añade el siguiente comentario en su papel: …"Despersonificación de la víctima. Objeto de placer. Problemas para expresar su sexualidad, posibles relaciones fracasadas. ¿Disfunciones sexuales? Culto a los sentidos."…

-Haciendo uso del tópico: "Una imagen vale más que mil palabras". ¿Qué encuentran ustedes al llegar a la escena de un crimen?… Un asesinato… ¡Nooo! Respuesta errónea. Si observan adecuadamente y con verdadero detenimiento, se puede palpar la lucha acaecida, la agonía de la víctima y la meticulosidad del asesino. Estos pequeños detalles son los que más pistas pueden aportar sobre él y su intencionalidad. Por favor, dibujen en su mente una habitación completamente revuelta, el caos presente por doquier evidenciando la lucha y la resistencia titánica de la víctima, sangre cubriendo toda la zona adyacente al cuerpo; una imagen que a más de un estómago delicado le produciría nauseas y, en medio de todo este desorden, un delicado pañuelo de seda blanco e impoluto cubriendo el rostro del muchacho que yace tendido encima de la mesa, degollado, con los pantalones puestos del revés, los brazos abiertos en cruz, una palma de la mano hacia arriba y otra hacia abajo apreciándose la amputación limpia del dedo corazón izquierdo. ¿Qué les dice esta imagen? ¿Por qué la muerte del muchacho? ¿Dónde está el dedo desaparecido?

Los expertos le observan con la mirada fijada en sus pupilas sin atreverse a dar una respuesta por miedo a equivocarse y, hacer entrever al asesino que no están a la altura de su análisis o, que él se encuentra en un plano intelectual superior al de ellos.

-¿No me dan ninguna respuesta? ¿No les dice nada la escena que les he descrito? Siento que me hayan defraudado tanto, si ustedes no conocen la respuesta, yo no se la voy a proporcionar porque me parece tan obvio, tan superficial, que sería ofensivo tener que explicar cosas tan elementales. La escena de un crimen es una obra de arte sagrada, sublime y personal, es como un cuadro, siempre existe la imprenta personal del pintor. Por ello, no hay que quedarse con la imagen superficial, hay que profundizar en los sentimientos del artista, saber valorar las delicadas pinceladas que aportan los detalles, el empeño y el esmero empleado, sólo así podrán apreciar el misterioso mensaje oculto que encierra.

Más comentarios son añadidos a las notas de los expertos: …"No existe conciencia de daño. Considera los asesinatos como obras de arte y se ve a sí mismo como un artista, como un creador. ¡Imposible su reinserción social! ¡¡¡No hay arrepentimiento!!!"…

El psicópata contempla, no sin menosprecio, al trío de doctores. Por las expresiones que reflejan sus rostros, percibe claramente que no está siendo comprendido. Los doctores se encuentran más preocupados por catalogarlo en uno de los diferentes casilleros preconcebidos para enfermedades mentales que por ser partícipes de sus experiencias. Este grado de incomprensión decepciona y exaspera profundamente al preso que no está dispuesto a que siga siendo así:

-¿Qué les puedo yo mostrar para que ustedes lleguen a entenderlo? Aunque es evidente que no demuestran interés en ello –añadió imprimiendo un cierto cinismo en el tono de la frase-, les prometo que les haré partícipes de lo que les estoy exponiendo. En poco tiempo, confío en marcharme de esta Institución, tal vez, en un par de meses, no tengo muy decidido todavía cuándo será, porque la comida me gusta y es variada aunque, en ocasiones, escasa, sobre todo en los postres. Teniendo en cuenta este periodo, creo que para antes de fin de año, tendrán noticias mías. Entonces, podrán apreciar lo enriquecedor que va a ser para ustedes experimentar todo esto que les he narrado, porque…, todavía no hemos hablado de los sonidos: del corazón palpitando y latiendo con fuerza, del grito desesperado ahogado por la ansiedad y el dolor, del sonar de los tejidos al ser cortados y…, y.., y qué me dicen del crujir de los huesos al romperse y de la expresión de dolor en los rostros de las víctimas suplicando lastimosamente mantener una vida condenada a extinguirse algún día. ¡Un voluptuoso compendio de excitantes sensaciones! ¿No opinan ustedes así? –exclamó el psicópata envuelto en un aura de éxtasis-. Pienso que será una experiencia inolvidable para ustedes y todo eso me lo deberán a mí, sólo gracias a mí serán capaces de vivirlo.

Los doctores permanecieron inmóviles ante esta última declaración del asesino. Un color amarillo pálido baña de repente sus rostros. Están escuchando su propia sentencia de muerte de los labios de aquel despiadado asesino que no dudará en hacer realidad sus palabras.

-¡Ven ustedes lo que les decía hace unos instantes!. Ahora mismo percibo su miedo, lo puedo palpar, lo puedo oler. ¿Ustedes no? ¡No me dirán que ustedes no lo huelen! ¡Es delicioso! Te envuelve y te atrae. ¡Es tan difícil resistirse!

Mientras dice esto, con un gesto suave y armonioso levanta el rostro en dirección a los doctores para percibir mejor el olor inhalando con deleite el aire. Una sonrisa socarrona de satisfacción llena el rostro del psicópata. Dispone de un objetivo, una meta para añadir más aliciente y sentido a su, últimamente, monótona y aburrida vida. Algo excitante que debe de planificar y preparar concienzudamente de forma muy meticulosa durante los dos próximos meses para no defraudar a su público y que éste pudiese disfrutar de su propia muerte.

Pasión en la campiña

El sol primaveral bendice la tarde llenando con su luz la campiña. Hoy es un día caluroso, pero no llega a ser agobiante, es perfecto para caminar.
El buen tiempo, la exuberancia por doquier, las plantas floreciendo en una explosión de color, una suave brisa porta las dulces fragancias inundando con ellas el ambiente, todo invita a salir y disfrutar de la benevolencia del clima.
Voy de aquí para allá sin prisas, sin rumbo ni destino fijo. La verdad es que no hay nada que me retenga en ningún lugar. Llevo demasiados días solo, pienso que no me vendría nada mal algo de compañía.
Por un momento, me ha parecido oler una fragancia especial en el ambiente. ¡Hum! ¡Sí! Un olor exquisito con tonos ligeros, casi se puede palpar. Meloso, profundo y arrebatador, así es el perfume y así me imagino a su dueña.
Miro a mi alrededor y no la veo. Sin embargo, no debe de andar muy lejos de aquí, todavía percibo su rastro claramente, con nitidez. Será cuestión de moverse un poco a ver si la suerte me acompaña.
¡Ah sí! ¡Ya la veo! Está ahí, tras ese matorral.
Me acerco con disimulo, haciéndome el despistado, como si no me hubiese percatado de su presencia, como si mi aparición fuese cuestión de casualidad. Tiene que ser de esta forma, porque cuanto mayor interés muestres, menos caso te hacen.
Mi aproximación ha surtido el efecto esperado. Enseguida, ella me ha echado el ojo, se la ve interesada. Ahora ella coqueteará un poco, se mostrará indiferente y actuará como si no me hubiese visto, como si no tuviese interés en mí. Pero yo soy más listo, la tentaré, para ello, voy a retirarme hacia atrás, así comprobaré si he captado su atención y gira la cabeza.
¡Premio! Lo ha hecho, se ha girado con estilo, con la gracia sensual propia de una tigresa que no pierde de vista su posible víctima. Me ha mirado fijamente con esos lindos y grandes ojos. Está clara la situación. Esa mirada ha sido como una insinuación, una inequívoca invitación. ¿Quién se puede resistir a ello?
Vuelvo lentamente tras mis pasos, directo hacia ella, creo que estoy siendo demasiado audaz, aprovecho para contemplarla y regocijarme. ¡Es preciosa! Es más alta y esbelta que yo, el tono marrón de su cuerpo le da un toque exótico que me enloquece.
No debería arrimarme demasiado. Es ponerme en peligro. Sé que esto puede ser mi perdición, pero es que soy tan débil de carácter. No soy capaz de mantenerme al margen de las cosas que pueden ser dañinas para mí, pero en el fondo, me atraen, me atraen irresistiblemente y el perfume de esta hembra me está volviendo loco. Está consiguiendo que se despierten mis instintos más primitivos y a mí esto me gusta, tanto o más, que correr riesgos.
No debería hacerlo, conozco de sobra lo que me estoy jugando. A menudo, hago cosas que no son lo mejor para mi futuro, pero…, ¿qué significa esta vida sin riesgos ni peligros? ¡Nada!

Todos tenemos un objetivo y un destino, hemos nacido para algo. Yo he de cumplir el mío tarde o temprano. Mientras esto llega, lo mejor sería que disfrutase todo lo que pudiera, aunque sé que no debo de hacer cosas como ésta. Pero…, ¿quién es el valiente que se resiste ante semejante tentación?
Me coloco al lado de ella. Nos miramos fijamente, con complicidad. Un roce suyo me indica su receptividad y aprobación. A esto le siguen más roces, más tocamientos y el tema comienza a ir a mayores. No es necesario diálogo alguno, ambos sabemos que es lo que va a suceder.
Nos abrazamos y, tras un largo rato de preliminares, finalmente, ella cede en su defensa y puedo franquear su resistencia. Aquello era un sueño hecho realidad.
Llevamos bastante tiempo dando rienda suelta a nuestros instintos animales. ¡Lástima que, tarde o temprano, tenga que acabar!
De repente, ella me mira con sus enormes ojos, su expresión ha cambiado, su mirada ya no es la misma, inclina suavemente la cabeza y me muerde en el cuello, con ansia, con pasión.

A un metro por encima de esta escena, dos jóvenes contemplan absortos el evento y comentan el suceso:

-¡Ves como yo tenía razón!

-Sí, sí. ¡Nunca lo hubiese creído! El libro de Ciencias Naturales decía que la Mantis Religiosa se comía al macho después de finalizar el proceso de apareamiento.

-Ya has visto que no es del todo correcto. A mí me lo enseñó mi abuelo cuando yo era niño. Normalmente, la hembra comienza a devorar al macho antes de acabar la cópula. Como empieza comiéndose la cabeza y el cuello, el resto del cuerpo continúa con su función. Hay algunos machos que tienen suerte y se escapan a tiempo, es decir, antes de que la hembra decida atacar, pero esto ocurre en muy pocos casos, en la mayoría de ellos, los machos acaban sucumbiendo prisioneros de los aserrados brazos de sus amantes.

-¡Qué cosas más curiosas tiene la vida! Pero…, si saben que van a terminar así, canibalizados…; entonces…, ¿por qué los machos se lanzan como locos a este macabro acto de amor?

-Ley de vida. No pueden evitarlo. Viven para perpetuar su especie, aunque eso signifique lanzarse derechos al suicidio a cambio, tan sólo, de unos instantes de pasión.

Los mejores pescadores

El bar del viejo muelle diecisiete permanecía abierto toda la jornada: durante el día para los trabajadores del pequeño puerto; por la noche, para los pescadores y los comerciantes de la lonja. Nunca estaba vacío aquel local, siempre se podía encontrar a alguien para charlar sobre la pesca, el tiempo y la mar.
Esta noche se encontraba allí Alfredo, un inmigrante italiano que desde hacía un par de años llevaba una vida bohemia y desenfadada con filosofía de trotamundos.
Últimamente estaba un poco saturado y harto de ese estilo de vida por ello, había decidido volver una temporada a la “madre patria”. La falta de recursos monetarios le obligaba a aceptar pequeños trabajos esporádicos que le ayudaban a llenar de nuevo sus bolsillos por unos días, pero tal y como el dinero venía, se iba.
Hacía rato que esperaba apoyado lánguidamente en la barra. Un solitario café con leche aromatizaba el ambiente; flaco y mísero remedio para hacer llegar algo caliente al estómago. No había cenado y necesitaba ingerir alguna cosa por nimia que ésta fuese. Expectante, miraba continuamente hacia la puerta mientras aguardaba a que llegase el patrón del ”Minerva”: un pequeño barco de pesca que, ocasionalmente, aceptaban transportar pasaje a cambio de jornadas de trabajo.
En verdad, no era un buen negocio para él; siempre le dijeron que el trabajo de pescador era duro, pero él no tenía dinero. Además, era una buena forma de alimentarse por unos días y avanzar unos cuantos kilómetros en su regreso a casa.
Un hombre de piel morena, inequívocamente curtida por el sol durante las largas jornadas de pesca, entró y habló con el dueño del establecimiento. Tras cruzar unas breves palabras, se dirigió directamente hacia Alfredo.

-¿Dónde quieres que te desembarque?

-En Montegar, Abiliel o Castenour, cualquiera de estos sitios u otro por allí cerca me iría bien.

-Hum…, eso te costará dos jornadas completas de trabajo. ¿Estás de acuerdo con el precio?

-En principio, sí, pero todo depende de cuanto se trabaje en cada jornada.

-Lo mismo que cualquier otro miembro de la tripulación, ni más, ni menos –dijo el hombre con aplomo.

-Supongo que, tal y como están las cosas, es un buen trato –añadió el muchacho no sin cierto tono de resignación.

Alfredo levantó la mano para chocarla y cerrar el acuerdo verbal, pero aquel hombre, parco en modales y educación, se había girado y caminaba hacia la salida del bar.
Apresuradamente, el muchacho pagó la consumición y salió del local a paso forzado para dar alcance al patrón.
El barco estaba emplazado en un muelle cercano; llegaron sin mediar palabra alguna durante el corto trayecto. El hombre parecía tener prisa. Alfredo no entendía tanta premura, era la una de la madrugada y, a esa hora, hasta los peces debían estar durmiendo.

Al llegar al barco, saltaron a bordo, allí había otros tres muchachos esperándoles.

-¿Éste es el refuerzo, papá? –preguntó uno de ellos.

-Sí, este joven quiere que le llevemos a la otra orilla. No sé cómo te llamas, así que preséntate tú mismo; estos son mis hijos.

Los pescadores saludaron cordialmente al recién llegado. A continuación, se escuchó la voz autoritaria del padre metido en su papel de patrón:

-Venga, todo el mundo a dormir. ¡Las cinco de la mañana llegarán pronto y no quiero perezosos ni vagos!

El hijo mayor se encaminó hacia su padre para tener una pequeña conversación apartada:

-¿De dónde has sacado a ese blandengue? ¡Tiene manos de pianista! A la que lleve unos cuantos anzuelos preparados, le dolerán los dedos y nos tocará hacer todo el trabajo a nosotros, siempre nos pasa lo mismo, parece que nunca aprendemos.

-¿Y qué quieres que yo le haga? ¿Crees que es fácil conseguir gente? Al fin y al cabo, éstos no cuestan dinero, así que… “A caballo regalado, no le mires los dientes”.

-Tú eres el patrón y el que manda en este barco, pero nosotros nos cansamos de cargar con todo el trabajo, porque la ayuda que nos traes, no es tal.

-Bueno, no te quejes. Ahora vete a dormir y descansa que ya mismo os estoy despertando.

Alfredo se tumbó en aquella especie de cama colgante dentro del minúsculo camarote. Dos camastros por lado; todo eran estrecheces y la sensación de encajonamiento no dejaba de producirle claustrofobia. Era imposible toser sin echar los bacilos a alguien a tu alrededor. El golpeteo metálico de los pistones del motor y el petardeo del tubo de escape, creaban un monótono ritmo que martilleaba sus oídos.

Un penetrante olor a gasoil inundaba el pequeño habitáculo, mejor así, porque si persistía mucho tiempo el asfixiante olor a pies que le venía de vez en cuando, acabaría vomitando…. ¡Vomitar!…, ¿el qué? Hacía muchas horas que no se introducía nada consistente en su estómago y, por lo que parecía, aquellos tipos estaban hartos de comer y, plácidamente, se disponían a hacer la digestión llevados en brazos de Morfeo. ¡Quién pudiera dormir tan felizmente con la barriga llena! Como consuelo, Alfredo intentaría engañar a su maltratado estómago imaginando que él también había participado en la opípara cena y, de esta forma, hacer más corta y llevadera la espera hasta la hora del desayuno.

Las cinco de la mañana

Un exquisito olor a carne asada hizo que Alfredo medio abriese un ojo, estaba adormilado o, puede que fuese un poco de mareo causado por el continuo balanceo del casco. En cualquier caso, no se encontraba nada bien; un leve rugido estomacal evidenciaba un enorme vacío en sus tripas reivindicando éstas, su derecho a la aportación alimenticia. Aquellos hombres, al unísono, se estaban incorporando al reclamo oloroso de la parrilla. Uno de ellos zarandeó suavemente a Alfredo para que se levantase también.

Cuando Alfredo llegó junto a la parrilla no le dejaron ni sentarse, tuvo que acompañar a uno de los muchachos a “la fresquera” a buscar más cebo para los anzuelos.

Para su sorpresa, el cebo consistía en carne cortada en tiras largas, a modo de piezas de panceta de cerdo. Las tiras más frescas y con mejor pinta eran puestas en la parrilla para ser asadas e, inmediatamente, ingeridas por la tripulación, el resto se

amontonaban para ser cortadas en trozos pequeños y acabar insertados en los ganchos de los anzuelos.

-¡Rico y sabroso desayuno para un hambriento! –pensó Alfredo.

La carne estaba acompañada de una gran hogaza de pan blanco y un buen vino tinto. Aquel manjar hizo la delicia de Alfredo y del resto de los comensales que supieron dar rápido fin a todas las tiras que fueron puestas sobre la grasienta parrilla.

A continuación, se sentaron en línea frente a los manojos de anzuelos que, a modo de colgajos, pendían como flecos del cabo principal de la red.

Mientras el patrón iba tomando las tiras de carne y las cortaba en pequeños cuadrados, sus hijos y Alfredo insertaban éstos en los anzuelos.

-¡Más adentro! –le llamó la atención el hombre a Alfredo-, coloca la carne más adentro que con el agua se reblandece y se acaba desprendiendo del gancho.

-Si lo meto más adentro me hago daño en los dedos y me pincho en las yemas –se justificó el muchacho.

-Papá, ya te dije que éste tenía manos de pianista, además, va muy lento. ¡Mira el retraso que lleva! –recriminó el hijo mayor.

-Bueno, es la primera vez que hago esto, pero ya veréis como le tomo “el tranquillo” –se excusaba Alfredo.

-A la hora del desayuno bien que le tenías tomado el tranquillo a la carne -bromeó otro de los hijos.

-Es que estaba muy buena y junto con el hambre que yo traía, se me ha hecho un desayuno delicioso; por cierto…, es la primera vez que veo que se pesca utilizando este tipo de cebo. ¿Qué clase de pescado capturáis?

-Atún.

-No sabía que en el Mediterráneo hubiese atunes y menos que se pescasen con anzuelos, siempre había creído que se hacía con unas redes inmensas, que se capturaban en bancos enteros y que, luego, con unos garfios se enganchaba, ejemplar a ejemplar y se volteaban hacia la cubierta de la embarcación.

-Eso se suele hacer en el Atlántico, aquí los pescamos con estos manojos de anzuelos colgados en el cabo grueso de la red principal sustentada a flote por boyas, a este arte de pesca se le denomina Palangre. Lo de preparar el cebo así viene de muy lejos, ya mi abuelo conoció el secreto transmitido a su vez por su abuelo. Resulta que los atunes adultos, en el último día de su vida, como colofón final a la misma, se vuelven locos a causa de un brusco y desestabilizador cambio hormonal y, como consecuencia de los efectos generados, son especialmente atraídos por la carne. Aumenta mucho su agresividad y los grandes machos acaban peleándose entre ellos en medio de su frenético apocalipsis. Al final del día, se produce su muerte natural.

-¡Qué historia tan interesante!

-Por eso somos los mejores pescadores, porque sólo pican en los anzuelos los ejemplares de mayor tamaño y los más lustrosos que, como es lógico, son los más viejos y gordos porque están en su último día de vida y, también, son los únicos que se ven atraídos por este cebo tan peculiar. Nunca pican más de veinte, pero te aseguro que siempre son los ejemplares más exuberantes y crecidos de todo el banco, el resto no nos interesan, hay que dejarlos desarrollarse para futuras capturas. Luego, una vez en el muelle, congelamos las piezas enteras y, sin hacerles nada más, las enviamos al Japón, allí son muy apreciados estos atunes; los grasos al Sur y el resto de la partida al Norte. Para los cocineros japoneses estos ejemplares son un manjar exquisito y los pagan a precio de oro.

-¿Y que tipo de carne es el cebo?

-Ja, ja ja.., ¡Qué ingenuo eres! ¡A ti te lo voy a decir! Además, tú la has comido, averígualo por ti mismo. ¿Por qué crees que nosotros afirmamos que somos los mejores pescadores?… ¡Porque nunca contamos nuestros secretos a nadie! –contestó el hombre envuelto en una risa desenfadada y socarrona.

Viendo Alfredo que no iba a obtener ninguna respuesta a su pregunta, continuó trabajando manteniendo el silencio conservado por el resto de la tripulación.

-¡Ay!, ¡me he vuelto a pinchar! –se quejó Alfredo tras haberse clavado, por enésima vez, un anzuelo en el dedo pulgar.

-¡Ves, padre!, ya te dije que no iba a valer para este trabajo.

-Bueno, no pasa nada, al fin y al cabo, va a estar poco tiempo con nosotros- dijo el padre indulgentemente, quitando importancia a la torpeza del muchacho.

-¡Siempre igual!, cada vez son más inútiles, a ver si la próxima vez eres más selectivo con los ayudantes que nos traes –reprochó el hijo mayor.

Alfredo se sonrojo avergonzado por su evidente torpeza.

-Yo no los escojo, son ellos los que vienen a nosotros –se disculpó el padre.

-¡Ay! –se quejó de nuevo Alfredo tras producirse otro pinchazo.

-Muchacho, deja los anzuelos, ya terminaremos nosotros, ve al camarote y ponte algo en el dedo –ordenó el hijo mayor con claros signos de fastidio.

Éste miró de reojo al padre en un auténtico reproche por la pobre ayuda proporcionada por el recién incorporado.

El hombre reconocía que Alfredo era un negado para aquel trabajo, representaba más una carga que una ayuda, pero tal y como había dicho a su hijo, él no los escogía, eran ellos los que venían a él.

Terminaron de preparar los anzuelos y colocaron las redes al borde de la cubierta listas para ser lanzadas al mar. Alfredo se había colocado un pequeño y tosco vendaje en el dedo que dejaba entrever que no sólo era torpe con los anzuelos.

Eran las ocho de la mañana y el día comenzaba a despuntar en el horizonte.

-Recoged la carne y devolverla a la fresquera antes que se reseque y se estropee –ordenó el padre.

-Al chico no le vamos a dar más trabajo. ¿Verdad, papá? ¡No sirve de nada!

El hombre asintió con la cabeza dando la razón al hijo.

-Alfredo, ayúdame con la carne –ordenó el hijo mayor.

Al rato, el muchacho regresó de la fresquera:

-Todo listo papá, ya he terminado el trabajo, podemos comenzar a pescar.

-¿Se resistió mucho?

-No, no, lo bueno de que sean unos inútiles y poquita cosa es que lo son para todo. Del primer golpe, cayó fulminado al suelo y en un par de minutos acabé con él.

-Yo confiaba en haberle hecho trabajar durante los dos días. De ése, ¡poca “chicha” vamos a sacar para los cebos!

-Te lo he dicho varias veces, cada vez son más escuchimizados. Si al final no van a valer para trabajar, al menos, tráelos gorditos para que podamos hacer bastantes tiras.

-Deja de reprocharme cosas y vete con tus hermanos a lanzar los cebos que los atunes nos están esperando.

La opción más cobarde

De nuevo un lento despertar acude a mí como un repetido amanecer, lentamente, casi imperceptible. Vuelvo a encontrarme envuelta en esta profunda, oscura y silenciosa conciencia que evidencia esta soledad total.
No sé si sirve de algo mantener esta cruel espera, continuar albergando la esperanza y la ilusión de si algún día volveré, pero a estas alturas del proceso, mi existencia carece ya de sentido, este paréntesis ha roto su hilo de continuidad.
¡Volver! ¿Qué significa volver? ¿Qué precio tendré que pagar? ¿Vale la pena?
¡Me odio!. Ni tan siquiera soy capaz de proporcionarme respuestas coherentes y emocionalmente estables a estas preguntas. ¡No!, no es que esté demente, no, sólo que las mismas, siempre dependen del estado de ánimo en el que me encuentre en ese instante; en ocasiones, deseo retornar y seguir viviendo mi día a día, en otras, sólo quiero acabar de una vez por todas.
He disfrutado del tiempo suficiente para recapacitar sobre los sucesos que han acontecido a lo largo de mi paso por la vida: las cosas que he hecho, mis pensamientos, mis ilusiones, mis sentimientos, vivencias compartidas con aquellos que me han conocido o quienes sólo han tenido un trato superficial conmigo.
¡No gran cosa! Demasiado joven como para pronosticar si podía haber llegado a significar algo para alguien.
Ahora, en este aislamiento forzado, me pregunto repetitivamente, una y otra vez, casi como una obsesión, por qué este sufrimiento final, por qué el mantenimiento continuado de este dolor que castiga y que llega…, quién sabe de donde y me hace padecer, más y más. Lo único cierto es que está presente por doquier y me mortifica minuto a minuto. Un dolor que genera sufrimiento, desasosiego y me martiriza castigando la paz y el silencio de este limbo transformado en purgatorio.
¿Cuánto tiempo llevo así? ¿Cómo medirlo? ¡Imposible hacerlo!, carezco de las referencias necesarias, tal vez, hayan transcurrido meses, o días, o tan sólo, minutos. ¿Cuánto? ¿Cuánto?
Anhelo que todo esto hubiese terminado de una vez, pero nunca llega el final, en su lugar, se repite el mismo doloroso y odioso ciclo vital. Cuando creo que las fuerzas me flaquean y que el aliento se va escapando en un lento acontecer como un soplo suave de brisa exterminando mi calvario de soledad y dolor; entonces, llega hasta mí una ola energética que recarga mi maltrecho cuerpo, una revitalizadora remesa de fuerzas renovadoras que me permitirán malvivir hasta la próxima inyección de vida. Una sensación electrizante que, con su brusca aparición, reactiva de nuevo mi consciencia interior. Es como permanecer en un profundo, oscuro y caluroso pozo, con el cuerpo cubierto de sudor y, envuelto en una humedad sofocante que contribuye a crear una fina película pegajosa sobre la piel y, cuando estás abrumada, vencida por el hedor y el calor alguien, sin previo aviso, te volcase un gran cubo de agua limpia y helada que te lleva al otro extremo sensorial haciéndote tiritar de frío.

La cantidad de energía generada por los nutrientes y los medicamentos reactiva mi cuerpo y se revelan los sentidos gracias a este aporte, haciéndose presente el dolor de una forma más fuerte e hiriente, minando mi voluntad de vivir, resignándome a aguantar este castigo en la compañía inseparable del sufrimiento hasta que, por fin, llega otro torrente con los calmantes que traen consigo la insensibilidad y la paz interior, embriagándome, emborrachando mis pensamientos hasta hacerme caer de nuevo en la telaraña espesa del sueño, para después, precederle un nuevo despertar y vuelta a iniciarse el ciclo. ¿Cuándo finalizará para siempre?
En ocasiones, intento reconstruir mi pasado hasta alcanzar el punto que me pueda hacer saber cómo llegué hasta esta situación extrema de vida aletargada.
¡Infeliz de mí! ¡No soy capaz de saberlo! ¡Maldita sea, no sé qué ocurrió!
Mi recuerdo más próximo no es realmente significativo, únicamente un golpe de aire gélido lamiendo mi rostro, alborotándome el cabello, acariciando el vello de mis brazos, la bicicleta yendo a toda marcha, el chasqueo del naipe al chocar contra los finos radios de la rueda; la máquina marchando velozmente formando una prolongación más de mi propio cuerpo. Emocionada por la velocidad, excitada por el riesgo, me repliego para tomar una gran curva, la bicicleta deriva hacia la parte más externa de la trayectoria con evidente peligro de salirme. ¡Sublime! Salvo el peligro y salgo lanzada de la curva a toda marcha y, vuelta a dar a los pedales para conseguir alcanzar la velocidad punta y…, ¡nada!... Después…, nada más, todo se acabó aquí no hay un punto de conciencia más allá.

¡Hum! Percibo nuevas sensaciones…, ¡algo ha cambiado!, no son los calmantes, ¿qué es esta extraña cosa que siento?. ¡Hum! ¡Duele! ¡Duele!. Esto que me ha llegado está provocando malestar y padecimiento, pero…, una vez…, alguien me dijo que el dolor siempre es sinónimo de vida. ¡Hum! ¡Duele! ¡Escuece! ¡Duele!

Veo un punto resplandeciente de luz blanquecina allá a lo lejos. Todavía demasiado lejano, brilla y resalta sobre la cerrada oscuridad como un lucero en una noche sin estrellas. Una fuerza intangible me atrae hacia ella, me llama como el destello del faro a los marinos perdidos en mitad de la tempestad. Conozco el fenómeno, he oído hablar de él, sé que ése es el camino que conduce a la muerte, a la paz y al sosiego, pero también sufro y, por ello, me siento viva, más que nunca desde que comenzó este obligado aislamiento, siento resurgir una fuerza interior en mi ser. Estoy segura de poder abrir los ojos y retomar mi vida.
Consciente de la criticidad de este momento, el dilema se plantea por sí mismo, la gran duda me asalta, cuál es el estado de mi cuerpo, qué secuelas irreversibles habré sufrido tras “el supuesto accidente” que me transportó hasta esta situación.
Siempre he sido demasiado cobarde para afrontar la vida. Me aterra la posibilidad de poseer lesiones que me limiten y me impidan llevar una vida normal, ¡no quiero ser una inválida y una carga para alguien!… ¡Vivir siendo un estorbo!… En ese caso es mejor desaparecer envuelta en una muerte silenciosa, sin quejas ni reproches, unos minutos más de sufrimiento y adiós.
Por otro lado, tampoco deseo que mi vida se extinga tan pobremente, no he vivido lo suficiente como para darla por concluida y apagar su llama sin más, hacer desaparecer todas mis ilusiones, recuerdos, esperanzas y futuro.
El tiempo apremia, la decisión ha de ser tomada, mi metabolismo se está acelerando, no posee espera posible, sólo yo puedo dirigir los acontecimientos, sólo yo puedo

decidir en qué dirección han de aunarse los esfuerzos de mi organismo, un billete para viajar a uno de los dos destinos.
Todo está decidido, voy a tomar la solución más fácil dejándome llevar por los acontecimientos y lo que sea será, como siempre, he optado por la opción más cobarde.

Mientras este planteamiento tiene lugar en la mente de la paciente, los doctores expectantes, aguardaban esperanzados en que este último tratamiento de choque rescatase a la muchacha de su prolongada inconsciencia.

Una sonrisa encantadora

Un día cualquiera en medio de una gran urbe.
Dos mujeres circulan en un coche formando parte del ruidoso enjambre de vehículos que se empeñan en hacer más dificultosa la circulación por las calles.
Lucía y Marta se conocen desde hacía poco tiempo, pero han intimidado llegando a ser, cada día, un poco más confidentes.
Hoy se dirigen a la casa de Lucía para comer y, de paso, Marta podrá conocer al marido de ésta. Marta sentía verdadera curiosidad por saber cómo era físicamente ese hombre tan especial que, tantas y tantas veces, su amiga le había referido en sus conversaciones. Por lo que sabía de él, parecía alguien educado, amable, atento, comprensivo, un amigo y compañero para los avatares de la vida y un amante para las ocasiones que se mereciesen. Sin pretender idealizarlo, puesto que nadie es perfecto, en cuanto a temas de amor se refiere, parecía que a Lucía le había sonreído la vida.
Entre ambas mujeres existe muy buen "rollo"; se diría que Lucía es la amiga que necesita para superar ese bache emocional que la tiene arrinconada en los últimos meses. La tremenda personalidad y la seguridad en sí misma de su nueva amiga son lo que más le atrae a Marta. Siempre que Lucía habla sobre algún tema escabroso o tabú, se aprecia que había llegado a ese estadio en el que una mujer se muestra tal y como es, sin sentirse dependiente de nada ni de nadie, expresando lo que piensa sin miedo a ello.
Marta recuerda aquella ocasión cuando le contó cosas de cuando era niña; no tuvo ningún reparo en reconocer que le gustaban las clases de Biología, sobre todo las de laboratorio con las disecciones de ranas. Reconoce que le encantaba aplicar corrientes eléctricas a las ancas y ver como se expansionaban y se contraían a golpe de electricidad, cosa que repugnaba y escandalizaba a las otras niñas, pero a ella disfrutaba con ello. Cuenta la anécdota con total naturalidad, sin miedo a que alguien la tachase de sádica o cruel.
Otra de las cosas que le llama la atención de su reciente amiga es la sencillez con la que relata las cosas significativas de su vida, como cuando explicó que se había marchado unos años a China para aprender técnicas milenarias de meditación, relajamiento y acupuntura. Marta se queda fascinada cuando su amiga le cuenta estas hazañas. Ella jamás se hubiese atrevido a acometer tal aventura: una mujer sola, en un país extraño, con un idioma desconocido y tan lejos de casa. ¡Qué va! ¡Ni loca lo hubiese hecho! Todas estas pequeñas peculiaridades de la vida de su amiga son las que hacen que sienta una secreta admiración por ella.

El lento transcurrir de la circulación, daba pie a conversar dentro del vehículo:
-Así que hoy tendré el placer de conocer a José.
-Pepe, a él le gusta que los amigos le llamen Pepe.
-Sí, ya lo sé, pero yo todavía no le conozco.
-No te preocupes, eso no importa, a él le gusta que le digan Pepe.

-José.., esto..., Pepe se ve que es una persona encantadora y que está mucho por ti.

-Finalmente, parece que hemos establecido un buen equilibrio entre Pepe y yo.

-¿No ha sido siempre así?

-No, no, ni mucho menos, antes todo era diferente. Él era un trasnochador y muy amigo de la fiesta y de las mujeres. Siempre estaba fuera de casa y fundía el dinero en divertirse.

-Yo estaba en la creencia que siempre había sido igual que como dices que es ahora.

-No,

-¿De verdad que no?

-No, no, todo cambió de repente, de un día para otro, igual que como nos enamoramos, todo de forma rápida y sin planear.

-¿Cómo lo conociste? ¿En una fiesta de verano? –preguntó con ansiedad Marta queriendo saber más sobre el pasado de su amiga.

-Él llegó un buen día a mi consulta, lo envió un amigo común. En ese momento yo acababa de abrir el salón de masaje oriental y acupuntura, en esa época estaba necesitada de clientes; como a Pepe sólo había que decirle la palabra falda para que reaccionase, fue fácil que acudiese como cliente, más con ánimo de ligar que de someterse a un tratamiento específico. ¡Ya ves, vino con el pretexto de dejar de fumar! ¡Una excusa ridícula para él!

-Entiendo..., y…, ¿qué fue lo que hiciste para atraparlo? ¿Te tiraste encima suyo en la camilla?

Ante esta pregunta tan espontánea, ambas mujeres estallan en una carcajada común.

-¡Nooo! Simplemente, un buen día decidí que era el hombre de mi vida e hice lo que tiene que hacer una mujer para que él se quedase conmigo.

-¿Nada más? ¿Así de fácil?

-¡Sí! En la vida hay que tomar decisiones. Todos los días están llenos de decisiones grandes y pequeñas, sólo es cuestión de saber elegir correctamente, por ejemplo, hace días que decidí que fueses mi amiga para siempre y, por ese motivo, quiero que conozcas a Pepe, su opinión es muy importante para mí.

-Muchas gracias Lucía, no sé que decir…, me he quedado muda, me halagas con tus palabras. Que sepas, que tú también eres alguien muy importante para mí –declaró Marta algo sonrojada.

-Me agrada que entiendas y aprecies el valor de lo que te acabo de decir. No todos los días se toma una decisión tan importante, mi círculo de amistades es muy reducido. Hoy por hoy, sólo os tengo a Pepe y a ti. Espero irlo ampliando, poco a poco, pero es muy difícil encontrar personas que valgan la pena llamarlas amigas.

-Confío que cuando tengas muchos amigos, no te olvidarás de mí, al fin y al cabo, soy la primera.

-¡Jamás me olvidaré de ti!

Esta última afirmación de Lucía dejó a Marta pletórica de orgullo.

El trayecto hasta la vivienda transcurrió envuelto en una conversación intranscendental, las cosas importantes, las espirituales, las del corazón, ya se había declarado abiertamente momentos antes. Ahora, seguras de su amistad, permanecerían hermanadas para lo bueno y lo malo.

Tras otros veinte minutos de lenta circulación, finalmente llegaron a la vivienda.

Al abrir la puerta y cruzar su umbral, la cerraron despacio sin hacer ruido.

-Pepe está en su cuarto, mejor será que no le molestemos; primero, descansamos un poco y, después, le doy la sorpresa y te lo presento.

-Bueno, como tú digas, ya sabes que yo soy muy tímida –comentó Marta con una pequeña sonrisa.

-¿Te preparo una copa fresquita? –propuso Lucía.

-¡Sí!, por favor, es una estupenda idea, estoy acalorada..., ¿dónde está la cocina para dejar la bolsa de la compra?

-Es esa puerta de ahí.

Mientras Marta iba a la cocina, Lucía preparó las copas en el mueble bar; después, se sentaron en el sofá para descansar y saborear el refrigerio tan bien merecido. Al rato de estar conversando, Lucía se incorpora:

-Voy a buscar a Pepe, ya va siendo hora de que lo conozcas.

Lucía se dirigió hacia una de las puertas que hasta ese momento había permanecido cerrada. A continuación, apareció acompañada de Pepe. El hombre viene sentado en una silla de ruedas empujada por Lucía. Está vestido con un simple pijama. Su cabeza permanece un poco caída hacia un lado moviéndose ligeramente con el caminar de la silla. Su rostro blanco y demacrado es inexpresivo, únicamente llama la atención sus ojos vidriosos, que fijos en Marta, la observan reflejando sorpresa.

Marta se queda boquiabierta. No sabe cómo reaccionar ante aquella dantesca escena. En ningún momento Lucía le había comentado la situación de Pepe. Nunca le dijo que era parapléjico. ¡Qué pena! De corazón lo siente por el hombre y por su amiga.

Lucía sitúa la silla de ruedas junto a Marta. De cerca, el panorama es más tétrico: el hombre posee una especie de finos cables de colores enganchados o claveteados al rostro y al cuello. Están sujetos por unos parches plásticos de color carne. Los cables parecen que provienen de algún cacharro situado en el respaldo de la silla.

-Marta, éste es Pepe; Pepe ésta es Marta, la amiga de la que tanto te he hablado.

-Encantada de conocerte –respondió la muchacha sin saber muy bien qué hacer, si tocarle la mano, besarle en el rostro o saludar con un gesto de muñeca.

Al final no hizo nada de nada.

-Él también está encantado de conocerte. ¿Verdad, Pepe?

El hombre ejecuta un brusco movimiento de balanceo con la cabeza hacia delante en señal de afirmación, al mismo tiempo que Lucía aprieta el botón de un mando a distancia. Los ojos del hombre reflejan dolor y sufrimiento, ninguna otra parte de su rostro o su cuerpo se mueve.

Marta queda completamente estupefacta, no puede creer lo que sus ojos están contemplando: Lucía controla los movimientos de Pepe con un mando a distancia, como si se tratase de un muñeco sin vida. Aquellos botones producen descargas en los electrodos de los músculos que generan el movimiento. El hombre es un simple títere en manos de la mujer y su telemando.

Marta aterrada ante aquella macabra visión, realiza el ademán de levantarse para marcharse inmediatamente de allí, no desea continuar contemplando el dantesco espectáculo. ¡Su amiga está desequilibrada! ¡Increíblemente loca!

En ese momento, la mano férrea de Lucía la sujeta firmemente haciendo que se siente de nuevo. De repente, las fuerzas abandonan a Marta, se siente embriagada y aturdida, al igual que si hubiese tomado una fuerte dosis de somníferos.

-Nosotros no queremos que te vayas, nos gustaría que formases parte de nuestra familia. A él le hace falta compañía, lo noto triste y yo siempre estoy fuera trabajando. ¡Ya sabes!… ¿Verdad, Pepe?

Otra pulsación hace que el hombre vuelva a repetir el brusco y grotesco movimiento de afirmación.

-Además, él personalmente ha escogido el color de tu silla, es de un suave tono pastel muy bonito.

Marta está mareada y no es capaz de coordinar correctamente sus movimientos.

-Mira Marta, mira, mira cómo está de contento Pepe. ¿A qué tiene una sonrisa encantadora?

Un nuevo accionamiento en el mando y al hombre se le contraen bruscamente todos los músculos del rostro. Sus ojos saltones brillan conteniendo las lágrimas generadas por el dolor; el rostro reproduce una estática sonrisa de oreja a oreja que deja entrever los dientes debido al máximo estiramiento al que la contracción somete al labio superior. Un fino hilo de saliva se descuelga desde la comisura del labio inferior; mientras, su rostro tiembla suavemente en un cabeceo nervioso como consecuencia del paso de la corriente eléctrica a través de los músculos.

Marta está perdiendo la lucidez de su mente envuelta en una nube narcótica. Su visión queda restringida prácticamente al rostro del hombre sonriente grabándose esta imagen en lo más profundo de su cerebro. Ésa es la sonrisa de Pepe, de la que siempre le había hablado Lucía. Una sonrisa que puede que el destino le tenga reservada a ella y la luzca, involuntariamente, en su propia cara la próxima vez que recobre el conocimiento.

¡Una sonrisa encantadora!

Índice

Mi profesor 3

Un hombre vestido sobriamente 6

El apretón de manos 9

Dos caras 13

Ahora, me toca a mí 17

Revelaciones de un asesino 21

Pasión en la campiña 26

Los mejores pescadores 28

La opción más cobarde 32

Una sonrisa encantadora 35

Índice 39